

Donde habitan los ángeles

Claudia Celis



«¿Por qué todos aquellos a los que amamos en la vida tienen que desaparecer?», se pregunta Pancho, el protagonista. Esta novela recoge sus memorias y recuerdos desde la perspectiva de su juventud. Durante las vacaciones, Pancho y otros sobrinos de Tacho y Chabela llenan de alegría la casa de San Miguel. En esos breves lapsos, los tíos olvidan la tristeza que la muerte de su hijo les dejó. Al término de las vacaciones todos los sobrinos vuelven a su hogar, pero en una ocasión Pancho no lo hace: abandonado por su madre, atractiva viuda, y después de esperarla mucho tiempo, se convierte en el hijo de sus tíos.



Claudia Celis

Donde habitan los ángeles

ePub r1.0

AngelCamilo 13.05.14

Título original: *Donde habitan los ángeles*
Claudia Celis, 1997
Diseño de cubierta: María Elena Mézquita Concha

Editor digital: AngelCamilo
ePub base r1.1



Después del entierro

Mis pasos retumban en el corredor. Las casas vacías exageran los sonidos. Y más todavía las que extrañan a sus dueños. Las que están tristes. Las que están de luto. Me detengo. El silencio es tanto que se puede escuchar. La casa parece más grande. Enorme. ¿Será que la tristeza nos hace empequeñecer?... Tengo miedo. Necesito un abrazo de mis tíos. Su consuelo. Su compañía. Su amor. Me siento como aquel niño indefenso y atolondrado que llegó aquí de vacaciones hace dieciocho años, sin siquiera sospechar que esta ciudad se convertiría en su ciudad, esta casa en su casa, y estos tíos abuelos en sus padres.

Las vacaciones

EL tren comenzó a frenar... Habíamos llegado a San Miguel. Mi estómago se hizo nudo y las palmas de mis manos se empaparon. Recordé a mi mamá despidiéndome en el pueblo: «*Te portas bien, Panchito... Te lavas las manos antes de comer y no te olvides de los dientes... Sé bueno con mi tía Chabela y, sobre todo, obedeces a mi tío Tacho...*». ¡El tío Tacho de mi mamá!... ¡Mi tío Tacho! Mi estómago se amarró en nudo ciego. Con toda seguridad, él nos iría a recibir.

Miré por la ventanilla. Ahí estaba: altísimo, el pelo demasiado corto, casi a rape, y su eterna bata blanca. Miraba el tren con ansiedad, como con ganas de vernos, de que bajáramos ya. En cuanto aparecimos por la puerta del vagón, su mirada se volvió indiferente y hasta algo burlona. Al verme a mí, se transformó en la de un halcón que ha descubierto a su presa. Me puse detrás de mi prima Peque. Con su falda me sequé el sudor de las manos y también unas gotas que escurrían por mis patillas. Ella me jaló cariñosamente del brazo y me dijo:

—Saluda, Panchito.

Me armé de valor:

—¿C-c-cómo l-l-le va, t-t-tío?

A todos los chicos nos saludó con fuertes jalones de pelo, y a la Peque, a la Nena y a Lola, que ya eran grandes, con ligeros apretones en los cachetes. Caminamos hacia el coche, donde nos estaba esperando Lino Pirnos, su chofer.

Lino Pirnos se llama en realidad Noé López. Su cambio de nombre se debió a que cuando mi tío fue Presidente Municipal de San Miguel, Noé lo acompañaba a todos los actos políticos, y como al final de estos ponían el disco del Himno Nacional, en cuanto Noé se sentía cansado o aburrido, se le acercaba y en secreto le pedía que ya se tocara el Himno para que pudieran irse, pero, con su muy particular forma de hablar, le decía:

—*Dotor*, ¿ya tocamos l'ino p'irnos?

Y Lino Pirnos se le quedó.

Un tiempo después me enteré de que mi tío no sabía manejar.

Sorprendido por este descubrimiento, le pregunté:

—Tío, ¿por qué no aprende?

Él respondió enojado:

—¿Y Lino en qué trabajaría? ¿Cree que yo mismo le iba a arrebatar la chamba?... ¡Qué mal me conoce, Panchito!

Llegando al coche, saludamos a Lino y tratamos de ganamos el lugar unos a otros. Mi tío, con voz enérgica, nos indicó:

—No cabemos todos de una vez. Haremos dos viajes.

—Que se vayan primero los chiquitos, ¿no le parece, tío? —dijo la Peque.

—¿Por qué los chiquitos? —respondió enojado—. No, Peque, es pésimo sobreproteger a la gente. Lo dejaremos a la suerte... ¡Lino, présteme una moneda!

Mi tío Tacho se hablaba de «usted» con todo el mundo, sólo se tuteaba con mi tía Chabela.

Voló el cobre: «¡Águila!»... «¡Sol!»...

A las tres grandes les tocó irse en la primera tanda. La Peque le propuso quedarse con nosotros, pero él respondió con un no rotundo; entonces le sugirió que él mismo lo hiciera pero ni siquiera le contestó, solamente le echó una de sus duras miradas y ella se subió al coche muy seriecita.

Mi tío se asomó por la ventanilla y gritó:

—¡Adiós, niños! Se cuidan ¿eh? Si se les acerca un robachicos pelean con uñas y dientes. ¡Pobre del que se deje robar!

Y el coche arrancó.

Nos abrazamos a Chucho, que era el mayor del grupo (tenía doce años).

Estábamos muy asustados. Toda la gente que había en la estación tenía cara de robachicos.

Caty me tenía el brazo marcado por los pellizcas. Pellizcaba siempre que estaba nerviosa (muy seguido, por cierto). Lucha se rascaba salvajemente, tenía surcos por todos lados. Los dientes de Martha sonaban como castañuelas. Los ojos de Agustín parecían salirse de sus órbitas. Lupita, siempre tan seriecita, hablaba con voz estridente y reía a carcajadas.

Chucho nos tranquilizaba diciéndonos que no perdiéramos las esperanzas, que confiáramos en nuestro tío: «Seguramente antes de que anochezca volverá por nosotros». Eran las dos de la tarde.

Mis primos seguían con sus tics nerviosos y yo me estaba haciendo pipí.

De pronto, el coche de mi tío apareció junto a nosotros. Se bajó y nos dijo:

—¡Suban, niños!

Al ver que no cabíamos todos atrás, agregó:

—Panchito y Caty se vienen con Lino y conmigo.

Caty se puso feliz pues no tendría que dejar mi pellizcado brazo. Yo, disimuladamente, me cambié de lugar para que, al menos, siguiera con el otro.

Ya en el coche, le dije a mi tío en voz baja:

—Tío, quiero hacer pipí.

—Muy bien, Panchito —me contestó—, no hay problema, ¡hágase en los pantalones!

—¿Cómo, tío? —Le pregunté asombrado.

—Mire, niño —me explicó—, si su necesidad es de tal magnitud que no pueda dominarla, ¡adelante!, ¡desahóguese!, nada más no me vaya a apuntar a mí.

—¡Ni a mí tampoco! —gritó Caty subiéndose casi a las piernas de Lino.

—Ahora —continuó mi tío Tacho—, si tiene usted control sobre su cuerpo, en unos minutos más estaremos en la casa y podrá satisfacer su necesidad fisiológica con toda corrección y comodidad.

Yo crucé fuertemente las piernas y descubrí, con agradable sorpresa, mi capacidad para dominar necesidades fisiológicas; práctica muy útil en la vida.

El cuarto de Camila

ESTA casa es muy antigua; tiene paredes de adobe, muy anchas, de las que guardan los ruidos y los sueltan cuando menos te lo esperas: «En los techos guarda las voces de la gente —decía mi tío Tacho— y en las losetas del patio, las de la Madre Naturaleza». Tiene también una fuente de cantera y arcos en los corredores. Antes tenía un perico, que era como parte misma de la construcción, y la adoración de mi tía Chabela. Se llamaba Rorro. En cuanto llegábamos a San Miguel, el Rorro se ponía a gritar: ¡*mis niñoooooos!*, ¡*mis amoreeees!*, imitando, según él, la voz de su dueña. Era un perico libre; la enorme jaula blanca no tenía puerta y entraba y salía a voluntad, al igual que a todas las habitaciones de la casa. Lo mismo lo encontrabas acurrucado en un sillón de la sala que en la tina del baño. Tía y perico cantaban a dúo: (ella): *Corazón santo*; (él): *Tú reinarás*; (ella): *Tú nuestro encanto*; (él): *Siempre seraaaás...* También cantaba, en la modalidad de solista, el Himno Nacional, *Adiós mamá Carlota*, y rezaba *La Magnífica*. Mi tío Tacho decía que si hubiera un concurso de animales *pesados* él sacaría seguramente el primer lugar. Mi tía Chabela hacía como que no lo oía, ella adoraba a su perico y lo consentía muchísimo, igual que a nosotros. Por lo único que se enojaba, con él y con nosotros, era porque maltratáramos sus plantas:

—¡Rorro, no deshojes los helechos!... ¡Niño, no cortes los duraznos verdes!

Un día, mi tío Tacho me dio una espada de plástico:

—Ándele, Panchito, juegue ahí, diviértase un poco.

Yo comencé a luchar tímidamente contra los enemigos imaginarios... Poco a poco el acaloramiento de la batalla aumentó: una cabeza salió volando, después un brazo, luego otro...

—¡Panchito! ¿Qué estás haciendo?

¡Era mi tía Chabela!

—¡Mira nada más, niño! ¿Por qué destruyes mis plantas?

Las cabezas y los brazos se transformaron en helechos rotos y flores destrozadas. Le iba a decir que mi tío me había dado la espada, que él me había dicho que jugara ahí, pero el gesto de su cara me hizo enmudecer. Nunca antes se había enojado conmigo. Me dieron ganas de llorar.

—¡Perdóname, tía! —fue lo único que dije.

—No, Panchito, esto no lo podemos pasar por alto. Lo siento mucho, niño, pero te vas a quedar en el cuarto de Camila hasta la hora de la merienda —me sentenció.

¡El cuarto de Camila! ¡Era lo peor que le podía pasar a cualquiera!

Ese cuarto nos daba miedo. Está en el fondo de la huerta. Del techo de pronto sale un sonido agudísimo, parecido a una sostenida nota musical. Mi tío Tacho nos decía que era la voz de Camila; una soprano italiana que, según él, vivió aquí, en la casa, hace más de un siglo y que, decepcionada por una pena de amor, se encerró a piedra y lodo en ese cuarto sin comer, sin beber, sin dormir, sólo cantando de día y de noche: «*Cuore, cuore ingratoooo...*», hasta que se consumió. Decía que nunca encontraron el cadáver, que sólo hallaron el vestido, las joyas y la peineta, que, seguramente, sus cenizas habían volado y se habían alojado en las ranuras de los tabiques del techo, desde donde, tristemente, seguía entonando su canción desgarradora.

—Y así seguirá por los siglos de los siglos —nos decía en tono solemne. A nosotros se nos enchinaba el cuerpo.

Cuando mi tía no estaba, él nos llevaba hasta ahí y, haciendo voz de tenor, se ponía a gritar: «¡Camila, saaaálganos!». Nosotros nos horrorizábamos pero no decíamos nada. Era una prueba de valentía.

Con miedo y todo, me dirigí hacia allá. Sabía que merecía el castigo.

Entré muy temeroso, escuchando pasos tras de mí. Cerré la puerta. Sentí que alguien la jalaba por fuera. Temblando como gelatina, logré dar unos pasos y me senté en un rincón. Con todas mis fuerzas canté para mis adentros: «¡Camila, no me vaya a saliiiiir!».

La puerta se comenzó a abrir... rechinaba horriblemente. Me enconché para protegerme. Se seguía abriendo... ¡Una cabeza asomó! Cerré los ojos esperando lo peor. Escuché una voz que, en medio de mi temor, sonó como de ultratumba:

—¿Qué le pasó, Panchito?

Era mi tío Tacho. Me miraba entre compasivo y burlón. Me dio mucho coraje. Decidí no hablarle.

—¿No me contesta? —me preguntó. Seguí callado.

—¿Está enojado conmigo, niño? —se me acercó y se sentó frente a mí.

—Sí, tío —respondí al fin—. Por su culpa mi tía me castigó.

—¿Por mi culpa? —se sorprendió—. ¿Es culpa mía que usted haya jugado en un lugar que sabía prohibido?

—Pero usted me dijo que...

—Pero usted me dijo que —me interrumpió haciendo una voz chillona, dando a entender que era la mía, luego, ya con su voz, continuó—: Sabe bien que las plantas no son mías, sino de su tía. ¿Cómo acepta que alguien le asegure que puede disponer de lo ajeno? Si le hubiera ofrecido mi instrumental médico para que jugara, entonces la responsabilidad sería mía, pero si usted aceptó jugar con las plantas de su tía sólo porque yo se lo sugerí, el responsable es usted y nadie más. Además, ¿cómo se le ocurre hacer destrozos en una casa en donde usted está solamente de visita?

Al ver mi compungida cara, de la bolsa de su bata extrajo una concha de pan y me la ofreció. Noté mordiscos en la capa azucarada y me explicó:

—Es pan labrado, Panchito, y, como yo mismo lo labré, es pan sagrado.

Yo acepté la concha sagrada, pues el miedo me había dejado un vacío en el estómago.

—Cómasela rápido —me dijo—, no se la vayan a arrebatarse.

—¿Cómo, tío? —pregunté sintiendo escalofríos.

Con una voz ronca, muy lenta, como un eco del más allá, me dijo:

—Recuerde que Camila murió de hambre...

Me metí a la boca la concha entera.

Como me estaba ahogando, él me acostó en sus piernas boca abajo, me golpeó en la espalda repetida y fuertemente, y me informó:

—Por ser usted mi sobrino, este tratamiento médico de desatragantamiento sólo le costará el módico precio de la mitad de lo que traiga usted en el bolsillo.

El charco del ingenio

TENÍAMOS una semana de haber llegado a San Miguel y todos mis primos ya habían recibido llamadas de sus papás, menos yo.

—Tía, ¿no me ha hablado mi mamá? —le pregunté sabiendo de antemano la respuesta, ya que yo había estado muy al pendiente del teléfono; es más, yo había contestado todas las llamadas de mis primos.

—No, mi niño, no te ha hablado —me contestó.

Recapacité un momento y luego agregé:

—Aunque te voy a decir que el teléfono ha estado muy mal; se han cortado varias llamadas, a lo mejor era ella...

Mi decepción no se alivió con la suposición de mi tía; ella seguramente lo notó, ya que me abrazó y me besó repetidamente en el pelo, luego, acomodándome el peinado con los dedos, me dijo:

—Pero no te preocupes, mi cielo, yo creo que no tarda en entrar su llamada. Vete tranquilo al paseo, si llama, yo te guardo el recado.

Ese día mi tío nos iba a llevar al Charco del Ingenio. Sólo a los chicos, pues no cabíamos todos en el coche. Las grandes irían con mi tía Chabela a visitar a los García.

Teníamos que atravesar toda la ciudad para tomar la carretera que conduce al famoso ojo de agua. Al llegar a la avenida principal, un agente de tránsito estaba marcando el alto, Lino no frenó pues esperaba la indicación de mi tío, y como no se la dio, pasamos como ráfaga junto al agente. Casi nos lo llevamos de corbata. Se puso a pitar como loco con su

silbato, haciendo señas para que nos detuviéramos. Lino, mediante una orden de mi tío, frenó, y el agente llegó al coche muy agitado por la carrera.

—¿Qué se le ofrece, oficial? —preguntó mi tío desde su asiento.

—Se me ofrece infraccionarlos, señor, se pasaron el alto.

—Disculpe, es que no lo vimos —exclamó apenado—. Y eso que dicen que la carne de burro no es transparente —agregó.

El hombre enrojeció. Temblando de coraje fue hacia la ventanilla del lado de mi tío. Él la cerró rápidamente.

El agente tocó en el vidrio.

—¿Quién es? —preguntó mi tío.

El hombre seguía tocando y comenzó a resoplar. Con cada resoplido sus cachetes se inflaban como si se hubiera tragado una bomba de aire. Nosotros reíamos con ganas.

—Contrólense, niños, voy a abrir la ventanilla —dijo mi tío.

Nos tapamos la boca para disimular. El agente tocaba ahora con vehemencia y resoplaba inflando los cachetes de forma increíble, parecían estar a punto de reventar. Mi tío bajó el vidrio.

—¡Ah, es usted! —dijo con gusto—, yo creí que era un vendedor de globos —le dio unas palmaditas en los cachetes.

Se escuchó una carcajada. Había sido Lino. Nos dio aún más risa. Mi tío se puso el dedo índice sobre la boca pidiendo silencio, pero la risa se había vuelto incontrolable. El oficial sacó un bloc, escribió en varias hojas, las arrancó, se las dio de mal modo y le pidió la tarjeta de circulación. Mi tío la sacó de la cajuelilla, el agente se la arrebató y se alejó resoplando. Mi tío revisó los papeles.

—A veces la diversión resulta demasiado cara —comentó.

Íbamos felices, comentando el incidente de los cachetes inflados, cuando mi tío preguntó:

—¿Volteó el letrero como le indiqué, Chuchín?

—¡Sí, tío! —respondió Chucho con aire eficiente.

El letrero era uno que mi tío ponía en la puerta de su consultorio; por una cara decía: «Consulta de 9 a 2» y por la otra, solamente: «No hay».

El ojo de agua del Charco del Ingenio está rodeado de pequeños arbustos y de nopaleras cuajadas de tunas. En cuanto nos bajamos del coche, mi tío se dirigió a Lino:

—¡Bisturí!

Rápidamente Lino lo sacó del maletín y se lo dio. Instrumento en mano, mi tío se puso a cortar tunas, las peló y nos las repartió.

Mientras comíamos, él manoseaba las cáscaras.

—¡Tío! ¿Por qué hace eso? —le preguntamos sorprendidos.

—Pues, no están para saberlo —nos dijo muy serio—, pero las tunas son mi fruta preferida... ¡pero me hacen un daño! Así, me hago ilusiones de que comí muchas. ¡Muchas!

Cuando sus manos parecían alfileteros, llamó a Lino:

—¡Pinzas de Kelly!

Lino voló hacia el maletín, sacó las pinzas y, vigorosamente, las colocó en la espinada mano extendida.

Pacientemente se quitó una por una. Nosotros nos sentamos a observarlo. Cuando por fin terminó, nos ordenó desvestimos.

—¡Yo no sé nadar! —dije en seguida.

—¡Yo tampoco! —chilló Caty.

—¿Ah, no? —se acercó amenazante, nosotros retrocedimos—. ¡Pues ahorita mismo van a aprender!

Nos quitó la ropa. Quedamos a su merced. Desnudos parecíamos más pequeños.

Caty comenzó a llorar. Con cada sollozo sus trencitas pelirrojas rebotaban en sus hombros, parecían resortes. Yo apreté los labios con todas mis fuerzas. Mi tío se agachó y nuestras caras quedaron a la misma altura.

—¿Y usted por qué no llora, Panchito? —me dijo—. ¡Hágalo de una vez, porque adentro del agua no va a poder hacerlo!

—¡Buaaaa! —me solté.

Él se desvistió, quedando en calzoncillos, nos tomó de la mano y, antes de damos cuenta, ya estábamos en el agua.

—¡Lino, métase con los otros niños! —le gritó desde la orilla.

En veloz movimiento, Lino se quedó también en calzoncillos, se lanzó al agua y los llamó. Agustín se desnudó por completo, Chucho se dejó los calzoncillos y Lucha y Lupita, el fondo. Martha no se quiso desvestir, así que se metió con ropa.

Al principio, Caty y yo no nos soltábamos del cuello de mi tío, pero él, con mucha paciencia, poco a poco, nos enseñó a flotar y a deslizarnos. ¡Ese día aprendimos a nadar!

Salimos del agua y, para secarnos, ya que no llevábamos toallas o cosa que se le pareciera, nos tendimos al sol, lo mismo que la ropa de mis primos. Mientras estábamos listos, mi tío nos puso a repetir una letanía:

—¡Charco del Ingenio!

—¡Charco del Ingenio! —repetíamos.

—¡Que se nos pegue tantito tu segundo apelativo!

—¡Que se nos pegue tantito tu segundo apelativo!

Lo dijimos infinidad de veces.

En esos momentos yo pensé que el segundo apelativo del Charco del Ingenio eran el lodo y las hojas secas en que estábamos tendidos, así que apreté mi cuerpo fuertemente contra la tierra. Cuando me vi lleno de barro y de hojas me levanté de un salto y grité feliz:

—¡Ya se me pegó el apelativo del Charco! ¡Mire, tío!

—¡Qué bien, Panchito! —me dijo mirándome de arriba a abajo.

Orgullosa, me volví a tender.

Permanecimos así otro rato, hasta que, de pronto, mi tío gritó:

—¡A ver, todos! ¡Sacúdanse los apelativos del Charco y vístanse rápidamente!

Obedecimos de inmediato. Cuando estuvimos listos, nos preguntó si queríamos ir a comer sopas.

Todos dijimos que sí.

—Pero con una condición —nos dijo.

—¿Cuál? —preguntamos a coro.

—Que los van a comer con chile y van a aguantar el picante sin lloriquear y, sobre todo —aquí recalcó las palabras—, no le van a decir nada a su tía, ¿de acuerdo?

—¡Sí, tío! —aceptamos.

En el puesto de sopas, pedimos tres cada uno y agua de tuna para todos, sólo mi tío pidió de horchata.

Mi tío puso una cucharada de salsa en cada sope y un chile jalapeño en cada plato (menos en el de él).

—Observen a Lino disfrutando el picante. Imiten la forma en que muerde su jalapeño.

Miramos a Lino con atención y seguimos su ejemplo.

A Chucho se le salieron las lágrimas, Martha comenzó a toser, Lupita y Lucha se pusieron como jitomates y Agustín y yo nos quedamos sin respiración.

Antes de morder el chile, Caty se le acercó y haciendo pucheros le preguntó:

—¿Me da permiso de llorar?

—Está bien, niña, pero hágalo quedito. ¡Y apúrese para que muerda su chile!

Al terminar, todos teníamos dolor de estómago. Él sacó su recetario e hizo una receta para cada uno y nos las repartió, después nos las fue pidiendo, las leía y nos daba una tableta de leche de magnesia que llevaba en el maletín.

—Hoy aprendieron algo muy importante, niños —nos dijo solemnemente—: Comer chiles a mordidas no es cualquier cosa; den las gracias a Lino por su enseñanza.

—¡Gracias, Lino! —dijimos a coro.

—Para servirles, niños —nos respondió muy atento, haciendo una reverencia.

—Después van a aprender algo más de él —nos dijo mi tío, camino al coche—, cuando tengan edad, les va a enseñar a manejar.

Regresamos a San Miguel con esa ilusión, aunque la mía de que mi mamá me hubiera hablado era mayor que aquella.

Entrando a la casa se lo pregunté a mi tía. Ella dudó un momento y luego me dijo:

—Sí, mi amor, te habló. Me dijo que te extraña mucho y que te manda un beso.

Después me miró largamente, sus ojos se humedecieron y me abrazó con fuerza.

La nevería

COMO era primero de mes, mi tío tenía que ir a Celaya a comprar la medicina de la farmacia a los laboratorios. Mi tía le dijo que nos llevara, él aceptó, pero como no cabíamos todos en el coche decidió hacer una rifa.

Tomé uno de los papелitos del sorteo para ver quién iba y quién no y lo desdoblé. Decía «SÍ». Sentí un vuelco en el estómago. Salir con mi tío era siempre una aventura. Afortunadamente a la Peque también le tocó papелito afirmativo, eso me tranquilizó.

Nos despedimos de mi tía y de los primos que les tocó en suerte quedarse y nos acomodamos en el coche.

—Panchito y Caty se vienen con Lino y conmigo. Los demás se van atrás sin incomodar a la Peque —dijo mi tío.

Instintivamente crucé los brazos para protegerlos, pero fue inútil, Caty era muy hábil. Su manita se abrió paso y se insertó en mi bracito.

Mi tío nos fue contando el cuento de *Los tres mosqueteros*. Los nervios de Caty se calmaron y mi brazo descansó.

Llegamos a Celaya. Le preguntamos a mi tío si nos podíamos bajar del coche para pasear un poco.

—Sí, niños —nos respondió—, pero no se separen. Lino se quedará aquí para cualquier cosa que necesiten.

Cerca de ahí estaba la nevería de don Vicencio.

—Tío, ¿podemos esperarlo en la nevería? —preguntó Chucho.

—Sí, si quieren —respondió distraído mientras revisaba unos papeles que llevaba en su portafolios.

—¿Podemos pedir una nieve? —se oyó la vocecita de Agustín.

—Sí. Pueden hacerlo —dijo mi tío con la vista puesta aún en los papeles.

—¿Y una leche malteada? —preguntó Lucha, emocionada.

—Pues sí, si les gusta —nos dijo y se alejó.

Le prometimos a Lino un barquillo.

—¿De qué lo quieres, Lino? —le preguntamos.

—De cajeta —respondió, saboreándose.

Don Vicencio nos saludó y anotó el pedido: helados, leches malteadas y galletas, un flan para la Peque, y para Lucha y Lupita, además de sus helados, molletes.

—Lucha, los molletes son muy caros —le había advertido Lupita.

—Sí, pero tengo hambre.

Lupita reflexionó en la respuesta y dijo:

—Ay, yo también —se sobó el estómago—. ¿Puedo pedir otros para mí?

—¡Claro! —respondió Lucha—. ¡Hay que aprovechar que mi tío anda de disparador!

—No coman mucho porque no van a tener hambre a la hora de la comida —dijo la Peque—. No quiero que mi tía regañe al pobre de mi tío. Y más tú, Lupita, que eres tan remilgosa.

—¡Déjame pedir unos molletitos, Peque! —le suplicó—. ¡Te prometo que sí como!

—Está bien —consintió ella.

Cuando vimos venir a mi tío, pedimos la cuenta.

—¡Hola, don Vicencio! —gritó mi tío desde la puerta—. ¿Terminaron, niños? ¡Vámonos que tengo prisa!

Nos miramos todos desconcertados. La Peque fue a hablar con él.

—¡Cómo! ¿No traen dinero para pagar? —gritó tan fuerte que todos en la nevería se enteraron del problema.

Llegó a nuestra mesa de tres zancadas.

—¿Cómo está eso, niños? ¡Explíquenmelo porque no entiendo! —vociferó.

—Pero, tío, usted dijo que lo podíamos esperar aquí —le recordó Lucha.

—Sí, niña, eso dije. ¿Acaso había algo que se los impidiera?

—Pero también dijo que podíamos pedir lo que quisiéramos —dijo Chucho.

—¿Y por qué no iban a poder hacerlo?

—Pero nosotros supusimos que usted iba a pagar —dijo Agustín, al borde del llanto.

—¿Yo? —dijo mi tío con exagerada extrañeza—. ¿Y por qué supusieron eso? ¿Acaso les dije *pidan lo que quieran, que yo pagaré*?

—Bueno, no, pero nosotros supusimos que... —la voz de Agustín temblaba.

—¡En la vida no hay que suponer! —exclamó escandalosamente—. ¡Hay que estar seguros antes de actuar! ¿Cómo se ponen a consumir a tontas y a locas sin contar con recursos para pagar?

Una vocecita interrumpió:

—Peque, quiero vomitar.

—¡No, Caty! —gritó mi tío—. ¡Esa no es la forma de remediar esta situación! ¿Cree usted que devolviendo lo que se engulló quedará exenta de deuda? ¡No señorita! Además, don Vicencio no acepta esa forma de pago, con él hay que saldar las cuentas *al con-ta-do* —recalcó.

La Peque se sentó a Caty en las piernas y se puso a consentirla. Caty se tranquilizó.

Mi tío seguía incommovible.

—¡Resuelvan esto de inmediato porque tengo mucha prisa! Se dio la vuelta y fue al mostrador a platicar con don Vicencio. Rascamos nuestros bolsillos, pero, aún juntando lo de todos, no alcanzaba para pagar ni la mitad.

Chucho salió de la nevería y al poco tiempo volvió con el dinero faltante.

—¡Miren! ¡Lino nos prestó! —nos informó feliz—. De pura casualidad mi tío le acaba de pagar su semana por adelantado. Que no se nos olvide su barquillo.

La Peque fue al mostrador para comprarlo y pagar la cuenta. Iba cargando a Caty. Mi tío se la quitó de los brazos.

—¡Ay, niña, no me pellizque! —gritó.

Con mi prima prendida a sus cachetes mi tío llegó a nuestra mesa.

—¡Véngase, Panchito! —me dijo.

Me cargó en el otro brazo y las pincitas de Caty volaron hacia mí. Afortunadamente ese día traía suéter.

Rumbo al coche, mi tío nos dijo:

—¿Por qué me miran con esos ojos? Las miradas rencorosas son muy feas. Además, desearle mal a un prójimo no es bueno.

Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, dejamos la venganza en manos de nuestra tía: ninguno probamos bocado a la hora de la comida.

Corte de pelo

DEL dinero que mi mamá me había dado para las vacaciones, cinco pesos eran para ir al peluquero. Se lo comenté a mi tío y me llevó a donde nadie nos escuchara.

—Mire, Panchito —me dijo—. ¿Para qué va a ir al peluquero a pagar tanto dinero? No, niño. Ahorita que su tía se vaya al centro con los demás, yo mismo le corto el pelo.

—¿En serio, tío? —le pregunté entusiasmado.

—En serio, sobrino —me dijo—; usted confié en mí. No más no le diga nada a nadie.

Le dije a mi tía que estaba cansado. Que prefería quedarme en la casa.

Ella me dejó acostado, con una taza de té de manzanilla en el buró y galletas en un platito.

Cuando mi tío estuvo seguro de que se habían ido, me llevó a su consultorio. Después de habernos puesto de acuerdo sobre el costo de la operación, sacó de su maletín unas tijeras, un gorro y un cubrebocas, y los dejó a mano.

Me tomó de la barbilla.

—Déjeme verlo, niño, quiero escoger el corte que iría con su personalidad. A ver... Perseo... Alcimedonte... Ulises... el mismo Aquiles... ¡Ya sé!

Se puso el gorro y el cubrebocas, colocó una toalla en mis hombros, y empezó a tijeretear.

—Allá en el Rancho Grande, allá donde vivííííí... —me dijo que todos los peluqueros cantan.

Al terminar, me miró satisfecho.

—¡Listo! ¡Vaya a mirarse al espejo!

Salté de la silla y fui corriendo al espejo del baño. Un poco corto el copete, pero no estaba mal. Una patilla más larga que la otra, pero pasaba. Mi tío se acercó con un espejo de mano y lo acomodó detrás de mi cabeza para enseñarme el corte completo. Lo que ahí se reflejo hizo que me doliera el estómago. ¿Qué significaba ese círculo a rape? Miré a mi tío. Esperaba encontrar en su cara algún gesto de burla pero no, en verdad parecía satisfecho de su obra.

—Al observarlo noté su gran parecido con San Antonio —dijo—, ahora están igualitos, como dos gotas de agua. ¡Qué bárbaro! ¡Las amigas de su tía le van a pedir la bendición!

En eso, escuché la puerta. ¡Mis primos y mi tía habían regresado! Corrí a la recámara. Busqué con desesperación algún sombrero o algún gorrito o, de perdida, alguna pañoleta, pero no hallé nada. Entró mi tía.

—¿Cómo te sientes, mi niño? —me abrazó con cariño—. Estaba muy preocupada por ti —me acarició la cabeza—. Te compre unos boxeadores de los que te gus... ¡Anastasio! —gritó—. ¿Qué hiciste, Anastasio? ¡No puede ser!

Me cogió de la mano y atravesamos el patio a toda carrera.

—¡Esto no es justo, Anastasio! ¿Por qué le hiciste esta maldad a Panchito? —su voz temblaba.

Mi tío levantó la vista de unos papeles del escritorio, y dijo con extrañeza:

—¿A qué te refieres, Chabelita? No sé de qué hablas.

—¡No te hagas el inocente! ¡Me refiero a lo que le hiciste en pelo! ¡Mira nada más cómo lo dejaste! ¡Parece loco el inocente!

—¿Loco? —sonrió sarcástico—. ¡No sabes lo que dices! ¿Llamas loco a tu santo favorito?

—¿Santo? ¡No te entiendo, Anastasio! —dijo mi tía con impaciencia.

—Panchito tiene el honor de poseer el mismo corte de pelo que tu adorado San Antonio, preciosa —le explicó—, además sólo cobré la mitad de lo que cualquier peluquero le hubiera cobrado.

No recuerdo si el gorrito tejido que traje puesto durante todas esas vacaciones me lo compró mi tía o me lo hizo ella misma, pero de lo que sí me acuerdo bien es de cómo disfruté gastando mis dos cincuenta.

Los Reyes Magos

TODOS mis primos habían regresado a su casa para pasar el seis de enero con sus papás. Mi tía me dijo que mi mamá había hablado diciendo que tenía algunos problemas y que no iba a estar en la casa; que me quedara en San Miguel hasta nuevo aviso.

—¿Qué problemas tiene mi mamá? —le pregunté a mi tía sintiendo tremenda angustia. Más que por los supuestos problemas, por saber que no iba a venir por mí, y como yo no pasaría el seis de enero en mi casa, probablemente los Reyes Magos no me dejarían nada; pero más que por todo esto, por presentir que mi mamá no me extrañaba como yo a ella.

—Son problemas de su trabajo, mi niño —me dijo.

Como seguramente notó en mi cara la angustia, agregó:

—Pero no te preocupes, mi amor, verás qué feliz vas a pasar aquí el día de Reyes y cuántas cosas te van a traer.

Esas palabras me animaron y mi angustia cambió por la duda sobre qué pedirle a los Reyes Magos.

El día cinco me levanté muy temprano y entré al comedor.

—¿Usted qué les va a pedir a los Reyes, tío? —le pregunté antes de saludarlo.

—¿A cuáles reyes? —siguió desayunando indiferente.

No podía creer que alguien pudiera permanecer ajeno a tan importante acontecimiento.

—¿Cómo que a cuáles? ¡A los Reyes Magos!

—¡Ah, a esos! —se quedó pensativo y después habló gravemente—: Pues, les voy a pedir paz, amor, esperanza, y, sobre todo, ahorro. ¡Que toda la gente aprenda a ahorrar!

Reflexioné en sus peticiones.

—Tío, ninguna de esas cosas las puede usted coger con la mano. Con ninguna puede jugar ni divertirse...

—¡Ah!, habla usted de cosas *cosas*, Panchito, ya veo que usted es un niño materialista al que sólo le interesan los objetos y no piensa en sus semejantes...

Como yo no entendía bien el significado de *materialista* y del de *semejantes* no estaba muy seguro, no di importancia a sus palabras.

—Yo les voy a pedir una bicicleta y unos patines —le dije con excitación.

—¿Dos cosas?... Ay, Panchito, es usted muy ambicioso...

Ese calificativo me sonó a insulto.

—Bueno, mejor nada más mi bicicleta —rectifiqué.

—Para que se la dejen en su casa ¿verdad? —me dijo como si fuera algo evidente.

Me pareció increíble. Mi tío Tacho no estaba enterado del poder de los Reyes Magos.

—Ay, tío, ¿que no sabe que los Reyes Magos dejan los regalos a los niños en donde estén el seis de enero, aunque no sea su casa?

—Pues no, no lo sabía.

Emocionado por poder ensañarle algo yo a él, me le paré enfrente.

—Pues sí, tío, fíjese: ellos nos ven desde el cielo, adivinan nuestros pensamientos y...

—¡Está usted equivocado! —me interrumpió—. Ellos no adivinan pensamientos, leen las cartas de los niños —recalcó.

Me llené de miedo. Yo todavía no sabía escribir bien.

—Tío —dije al borde del llanto—, en mi casa siempre me dejan lo que pido sin tener que hacer ninguna carta...

—¡En su casa, niño, en su casa! —me dijo con impaciencia—. Allá seguramente ya lo tienen identificado como el niño que no deja carta ¿Pero

aquí...?

El resto del día me dediqué a ensayar la carta para los Reyes. Pensé en pedir sólo los patines porque era más fácil de escribir, pero no, me interesaba más la bicicleta.

El seis, desperté en la madrugada, fui a la sala, busqué en el árbol y detrás del nacimiento. No había nada. Miré debajo de los sillones y de todos los muebles. Nada. Seguramente los Reyes no habían entendido mi letra. Busqué mi carta. No estaba.

Imaginé a los Reyes Magos leyendo, burlones, mis garabatos. Me encendí de vergüenza. Cuando iba a empezar a llorar, noté que la puerta del patio estaba entreabierta.

Me asomé.

¡No lo podía creer! ¡Tres enormes montículos de estiércol, fresquecito, estaban junto a la fuente y al lado de estos mi bicicleta! ¡Y no paró ahí, también estaban los patines!

Pegué carrera a la recámara de mis tíos.

—¡Tíos, tíos! —los moví con fuerza—. ¡Despierten! ¡Vengan a ver lo que me dejaron los Reyes y lo que hicieron el elefante, el caballo y el camello!

—¿Lo que hicieron? —saltó mi tía de la cama y salió al patio por delante de nosotros.

La cara de disgusto que mi tía había puesto al ver el testimonio de que los Reyes Magos habían estado allí con todo y animales, cambió cuando miró la mía de pura felicidad.

—¡Mira, tía! —le enseñé, feliz, mi bicicleta.

—¡Ay qué preciosa! —me dijo riendo.

—¡Sí, tía! ¡Y también me dejaron mis patines! —me estremecía de emoción.

—¿Sus patines? —intervino mi tío—. ¡Se equivoca, Panchito! ¡Los patines los pedí yo!

—Aaaaaay —salió a flote mi desilusión.

Intentó ponérselos.

—Se me olvidó decirles en la carta de qué número calzo —me dijo—, a ver, pruébeselos usted.

¡Eran de mi medida!

—Se los presto, pero me los cuida —me advirtió.

—¡Sí, tío! —le prometí feliz.

Mi papá

APRENDER a controlar la bicicleta me dio menos trabajo que guardar el equilibrio en los patines, así que jugaba con ellos como si fueran carritos.

El patín agarró vuelo, entró por la puerta de la sala y se estrelló en la mesita repleta de adornos y recuerdos, que mi tía llamaba *mesita de curiosidades*.

Rápidamente, antes de que mis tíos se dieran cuenta, me puse a levantar lo que se había caído. Una fotografía en un portarretratos plateado llamó mi atención: mi papá, mi mamá y yo. Mi papá me tenía en brazos. Miré su cara morena, sus ojos negros y su pelo chino. Yo era idéntico a mi papá.

Casi no lo recordaba. De hecho, el único recuerdo que tenía de él era el de aquella noche, en aquel salón lleno de flores, cuando mi mamá me cargó y me asomó a aquella caja plateada:

—Despídete de tu papá, Panchito.

Su voz sollozante vuelve una y otra vez a mi mente, al igual que la cara de mi papá, tan seria y tan pálida.

¿Por qué se había muerto si no era viejito? ¿Por qué los jóvenes también se podían morir?

—Papito... papito... —gemí en voz baja.

Mis lágrimas empezaron a caer en el vidrio que cubría la foto.

Una mano acarició mi cabeza. Contuve el llanto y, avergonzado, me sequé los ojos.

—Cuando tenga ganas de llorar, hágalo —era la voz de mi tío Tacho—. Y hágalo fuerte, sin pena. Es la única forma de que la tristeza se licue y se

nos salga del cuerpo. Porque la tristeza es dura, Panchito, muy dura...

La tristeza fue saliendo con el llanto. Al sentir que un pedazo se atoraba, lloré aún más fuerte y aquella se desprendió.

—Tío, ¿por qué se mueren los papás? —le pregunté entre sollozos.

Se sentó en un sillón y me abrazó. Yo volví a preguntar:

—¿Por qué hay niños que tienen papá, como mis primos, y niños que no tienen, como yo?

Me sentó en sus piernas. Secó mis ojos y sonó mi nariz con su pañuelo.

—¿Por qué todos en mi salón tienen papá menos yo? —insistí.

Con el mismo pañuelo se secó los ojos y se sonó.

—Así es la vida, Panchito —me dijo—; algunos niños tienen papá, como sus primos y sus compañeros, y otros, tienen un tío que los quiere mucho, como si fuera su papá.

—¿Un tío? —le pregunté intrigado.

—Sí, un tío —afirmó.

—¿Cuál tío tengo que me quiera así? —pasaron por mi mente mi tío Juan, mi tío Rómulo, mi tío Rubén...

—Lo está usted viendo en estos momentos —dijo con seriedad.

—¿Usted? —la sorpresa me hizo retroceder.

—Sí, yo —afirmó y me volvió a abrazar.

Un poco sofocado por la forma en que me apretaba, le dije:

—A veces no se nota muy bien cuando lo quieren a uno, ¿verdad, tío?

—A veces no, Panchito —admitió—, pero usted nunca dude que yo lo quiero como si fuera su padre.

Me abrazó aún más fuerte y mi tristeza desapareció.

Mi nueva casa: San Miguel

MIS tíos me inscribieron en una escuela en donde la directora era amiga de mi tía Chabela, para que pudiera continuar el año escolar que había empezado en el pueblo —era primero de primaria—. Me compraron uniformes, ropa y juguetes y cambiaron la decoración del cuarto de visitas.

—¿Te gustan las colchas, Panchito? —me preguntó mi tía en cuanto terminó de cubrir las dos camas individuales con una tela suave y esponjosa, estampada con bicicletas rojas y amarillas.

—¡Están padrísimas! —le dije y me eché un clavado en una cama.

De pronto, un extraño sentimiento me invadió. Como cuando estás a punto de destapar una caja y no sabes lo que contiene.

—¿Ya me voy a quedar a vivir aquí? —escuché mi voz extraña, como si hubiera salido desde el fondo de mi cuerpo.

Mi tía se sentó junto a mí y me cogió la mano.

—¿No te gusta estar con nosotros, mi amor? —noté cierta angustia en su voz.

Reflexioné un momento y luego le respondí:

—Sí, sí me gusta... Pero extraño a mi mamá.

Ella me miró muy raro. Su mirada encerraba ternura mezclada con tristeza y lástima. Me jaló del brazo, me sentó en sus piernas y me abrazó. Yo traté de adivinar en el fondo de sus ojos qué era lo que pasaba. Pensé que algo me ocultaba. Un gran miedo me asaltó.

—¿Le pasó algo a mi mamá? —el recuerdo de aquel salón lleno de flores, la caja plateada y la cara seria de mi papá pasó por mi mente a toda

velocidad. Sentí en el pecho una opresión que me asfixiaba.

—Claro que no, mi amor —me respondió de inmediato—. ¿Por qué piensas eso?

—Pues como no vino por mí después de las vacaciones, como me había prometido, y casi no me ha hablado...

—No pienses cosas, mi vida —me dijo acunándome en sus brazos—. Tu mami está muy bien sólo que muy ocupada. Eso es todo...

Hacía dos meses que había llegado a San Miguel y sólo había recibido tres llamadas de mi mamá. La primera, sólo me saludó de prisa y me dijo que le pasara a mi tía. Con ella estuvo hablando un buen rato y luego le pidió que le pasara a mi tío, con quien habló otro tanto. Las dos siguientes se portó conmigo muy cariñosa, aunque platicamos muy poco porque estaba ronca; tanto que parecía ser mi tío Tacho quien estaba al otro lado del teléfono y no ella.

Anécdota de sobremesa

PARA las vacaciones de Semana Santa, todos mis primos vinieron a San Miguel. Ayudé a mi tía a preparar las recámaras y la acompañé al mercado a comprar los ingredientes para las comidas favoritas de cada uno.

La hora de la comida era toda una ceremonia. Debíamos estar puntuales, limpios, peinados, con las uñas impecables, *para pasar la aduana*, decía mi tío.

Nos sentábamos en el lugar que él nos indicaba. Sólo podíamos hacer comentarios sobre temas agradables, hablando de uno por uno, sin arrebatamos la palabra. Mi tío era buen dibujante. Cada día escogía a uno de nosotros como modelo. El elegido tenía que permanecer prácticamente inmóvil hasta que mi tío hubiera terminado de estampar su imagen en el mantel. Todos los días mi tía le decía que no lo hiciera ahí y le acercaba una hoja de papel; él le daba las gracias, la hacía a un lado y seguía dibujando en la tela.

Si algún platillo no nos gustaba, no nos obligaba a terminarlo, aunque sí a probarlo, y si él no quería comer algo, mi tía le decía que se lo habían mandado de la hacienda del Blanquillo, donde él había nacido, entonces, se lo comía con gusto y lo elogiaba con exageración.

Siempre hacíamos sobremesa.

A veces, mi tío nos platicaba emocionantes anécdotas de la Médico Militar, donde él había estudiado la carrera. Lo que ese día nos contó, me dejó impresionado:

—Me habían arrestado por llegar tarde a clases. Un arresto era cosa seria. Todo un fin de semana sin salir de la habitación. A puro estudiar. Yo necesitaba asistir a una importante cita, y no era de amor —agregó rápidamente mirando a mi tía—, era de negocios. No iba a ser fácil salir, ya que la puerta del edificio donde estaban los dormitorios se encontraba rigurosamente vigilada; el único recurso que quedaba era la ventana, pero mi habitación estaba en el tercer piso. ¿Cómo poder salir? Caminaba de un lado a otro del cuarto como león enjaulado. En esas estaba, cuando recordé mis clases de yoga. ¡Claro! ¡Concentración y fuerza de voluntad es todo lo que necesitaba! Decidí lanzarme.

Abrimos mucho los ojos. Satisfecho, continuó:

—Me puse mi uniforme recién planchado, me rasuré meticulosamente, perfumé mi pañuelo y me coloqué el *kepí*. Era sólo una cita de negocios —volvió a mirar a mi tía—, pero ya ven que en el mundo de las finanzas como te ven te tratan. Conforme con mi apariencia, me subí a la ventana, y salté.

Abrimos la boca y su satisfacción pareció aumentar.

—En el trayecto, me concentré en que mi peso era mínimo —continuó—, me imaginé a mí mismo como una ligerita pompa de jabón, como un papelito al aire, y, ¿qué creen?, la velocidad de la caída disminuyó... me sentí flotar como si fuera una pluma y caí al suelo con increíble suavidad. El *kepí* ni siquiera se movió de su lugar. Atravesé el patio con elegante paso marcial, agradeciendo las ventajas de la concentración.

Abrimos más la boca; bueno, los chicos, porque la Nena, Lola, y la Peque, desde antes de que terminara el relato, se habían levantando a ayudar a mi tía.

Toda la tarde, y parte de la noche, me quedé pensando en lo que nos había platicado. Me imaginé a mí mismo flotando como una ligerita pompa de jabón, como un papelito al aire, y pensé que al fin podría realizar el sueño de toda mi vida: ¡volar!

Apenas amaneció, me subí a la azotea. Después de haberme concentrado en que era una pluma, salté. Caí ruidosamente sobre una

maceta. Me golpeé tan fuerte que creí haberme roto todos los huesos. Mi tía salió al escuchar el ruido. Me miró con angustia y corrió hacia mí.

—¡Mi niño! ¿Qué te pasó, mi amor?

Estaba verdaderamente asustada. Haciendo un esfuerzo, me cargó.

—No pude convertirme en pluma, tía —le dije pujando de dolor.

—¡Anastasio, ven en seguida! ¡Corre! —gritó con todas sus ganas.

Llegó mi tío diciéndole que bajara la voz, que iba a despertar a los niños, y ella me depositó en sus brazos. Haciendo caso omiso a la recomendación de no gritar, le dijo:

—¿Ya ves, Anastasio, lo que provocan tus aventuras inventadas?

—¿Mis aventuras? —se hizo el sorprendido.

—¡Este niño se aventó de la azotea!

Alcancé a notar la cara de preocupación de mi tío.

En el consultorio me revisó meticulosamente.

—No tiene nada, Chabelita —le dijo tranquilamente—. Los niños están hechos para rebotar y para que su cabeza suene como calabaza cuando se estrella en el piso.

—¡Ay, Anastasio! ¡Cómo te gusta decir impertinencias! Mi pobre niño casi se mata por haber creído tus historias, y tú todavía...

Mi tío la interrumpió:

—Mira, Chabelita, aunque parezca cruel, este niño acaba de recibir una importante lección. Ya no será tan crédulo. Te aseguro que de aquí en adelante, analizará las cosas con mayor detenimiento antes de actuar. No te preocupes, preciosa, no le pasó nada. Lo voy a llevar a su recámara.

Me tomó en brazos y en el camino me dijo:

—¿Sabe qué, Panchito? Yo creo que no se concentró bien.

Me quedé con la duda, pero, afortunadamente, las veces que intenté salir de ella, mi tía Chabela me lo impidió.

La película

LA invitación de mi tío nos cayó de sorpresa.

—Se alistan a buena hora, niños, no quiero que llegemos tarde a la función —nos dijo.

—Sí, tío —le dijimos con recelo.

Cuando mi tía Chabela le preguntó si nos iba a llevar a todos, él le respondió con toda naturalidad que claro que sí, y que si quería también nos llevábamos al Rorro. El perico oyó eso y voló a los brazos de mi tía.

—¿Al Rorro? ¡Cómo crees! —respondió ella, abrazándolo protectora.

Mi tío mostró alivio y el perico más.

La Peque le advirtió que no íbamos a caber todos en el coche.

—No importa, haremos dos viajes —admitió, conforme.

—Pero nos vamos primero las grandes ¿no le parece, tío? —insistió la Peque recordando el incidente de las vacaciones pasadas en la estación del tren.

—Se hará como ustedes quieran —la sumisión de mi tío era tanta que nos confundió.

Martha le preguntó que si teníamos que llevar nuestros ahorros.

—No, niña, no tienen que llevarlos.

—Para los dulces sí, ¿verdad? —le preguntó Caty.

La vio con enojo.

—No tienen que llevar nada, niña, yo invito.

—¿Tú? —preguntó incrédula mi tía.

—Sí, Chabelita, yo. ¿Qué tiene de particular?

—¿Te sientes bien? —le tocó la frente.

—Me siento perfectamente —sonriendo, lleno de bondad, le hizo un cariño—. Bueno, niños, regreso por ustedes en una hora nos dijo, y salió, dejándonos muy sorprendidos.

—Tía, ¿no crees que sea una broma? —dijo la Peque.

—Pues, mira, Peque, yo estoy tan asombrada como ustedes. Llévate este billetito bien guardado, por si las dudas.

Exactamente a la hora, ni un minuto más ni uno menos, mi tío llegó por nosotros.

En la entrada del cine había unos carteles con las fotos de unos niños muy contentos nadando en una laguna, el título era: *El paraíso encontrado*.

—Lino va a entrar con nosotros —nos dijo mi tío.

Lo miramos con desconfianza. Lino el primero. ¿Sería capaz mi tío de pagar tantos boletos?

Los pagó.

Nuestro asombro fue aún mayor en la dulcería, cuando mi tío nos dijo de excelente buen humor:

—Pidan lo que quieran, chiquitines, y usted, Lino, también.

—No, *dotor*, gracias, yo no quiero nada —respondió Lino, receloso.

—¿Cómo que no? ¡Ande! ¡Pida algo! —insistió mi tío empezándose a mostrar impaciente.

Lino y nosotros pedimos cualquier cosita.

—¡No, no, no!, pidan bien —dijo con franca impaciencia—. A ver, señorita —su voz se dulcificó—, tráiganos palomitas, refrescos, y unas bolsas de esos chocolatitos, para todos.

¡Hubiéramos besado a nuestro tío!

Felices de la vida, golosinas en mano, nos dispusimos a disfrutar de la función.

Se apagó la luz. Una música muy rara se escuchó. Apareció una espantosa cara, mitad animal y mitad gente, que llenó la pantalla. De su hocico, babeante y colmilludo, salió un espeluznante alarido. Caty, Agustín, y yo, nos caímos de la butaca. Lucha y Lupita se abrazaron y empezaron a gritar como sirenas. La Nena y Lola pegaron un salto y cayeron en las

piernas de Lino. Las palomitas de la Peque quedaron regadas por el piso. Mi tío dio un grito peor que el del espanto de la pantalla, se cogió de la cabeza del señor que tenía enfrente y se quedó con algo en la mano. Cuando se repuso, levantó el artefacto para verlo contra la luz de la pantalla; luego, sacó su peinecito de carey, le dio una peinadita, y lo volvió a acomodar en la liza cabeza del pobre hombre que se había quedado petrificado del susto.

Nunca supimos cómo fue que mi tío se enteró de que en el cine iban a estrenar la película *Asustemos a Jeroboán hasta morir* cuando no les había dado tiempo de cambiar los carteles.

A la mitad de la horrible película, todos nos queríamos salir.

—¡No sean cobardes! —nos regañó y nos obligó a verla completa.

Platicamos a mi tía lo que había sucedido. No podía creerlo. Al día siguiente, llevó a la iglesia a bendecir un garrafón de agua y cuando mi tío pedía un vaso, de esa le daba.

Mi primer trabajo

Yo estaba en el patio de atrás jugando con el Rorro.

—Peque, usted no puede abandonar los estudios —era la voz de mi tío.

—¿Cómo sabe que los voy a dejar, tío? —en la voz de la Peque se notó la sorpresa.

—Escuché accidentalmente, desde luego —aclaró de inmediato—, lo que estaba platicando hace un momento con su tía. Por eso le pedí un cafecito, para hablar con usted.

—En mi casa hay problemas económicos —empezó a explicar mi prima—. Mi papá no está enterado sobre mis intenciones de dejar la escuela —le advirtió—, usted sabe que él no estaría de acuerdo con que yo dejara de estudiar, así que por favor no le vaya usted a decir nada... yo voy a buscar trabajo y...

—Le propongo algo, Peque —la interrumpió—, si usted está de acuerdo, yo la voy a emplear.

—¿Usted? —dijo sorprendida—. ¿Y cuál sería mi trabajo?

—Su trabajo sería terminar sus estudios. Yo le asignaría un sueldo mensual, que variaría según sus calificaciones. No podría reprobar ninguna asignatura pues quedaría despedida de inmediato. ¿Acepta?

—¡Claro que sí, tío! —aceptó la Peque de inmediato—. ¿Puedo ir a contárselo a mi tía?

—Sí, Peque, vaya. Le aseguro que ella se quedó muy preocupada.

Mi tío estaba tomando su café muy tranquilo cuando yo entré en la cocina y me senté a su lado.

—Tío —le dije—, ¿no tendrá un trabajo para mí como el que le va a dar a la Peque?

—Bueno, bueno, Panchito —me miró con dureza—, ya veo que usted escucha conversaciones ajenas... pero no importa —agregó—, a veces yo también lo hago, desde luego sin querer —aclaró rápidamente.

Quedó pensativo unos momentos, luego me dijo:

—Pues mire, ahora que lo menciona, creo tener el trabajo ideal para usted.

—¿De veras tío? —le pregunté incrédulo de lo que estaba escuchando.

—De veras, sobrino —afirmó con seriedad—. Mire, usted tendrá que estudiar mucho, sacar las mejores calificaciones de su clase para que yo lo pueda emplear, sólo que su puesto será de meritorio.

—Meritorio... meritorio... —quise reconocer la palabra—. ¿No es como los muchachos que están de ayudantes en el despacho de mi padrino Pedro?

—¡Exactamente! —aprobo satisfecho.

—¿Y mi sueldo?

—Mjjj-mjjj —se aclaró la garganta—, bueno, su sueldo será más bien simbólico, como el de todo buen meritorio. ¿Cómo le explicaré?... Será casi nulo... más bien nulo, pero usted será mi colaborador más cercano —agregó inmediatamente—, el de más confianza, el más estimado... ¿Acepta el empleo?

—¡Claro que sí, tío! —respondí feliz—. ¡Gracias! ¡Muchas gracias!

Todo el día anduve con la sonrisa en la boca. ¡Mi primer trabajo! ¡Qué emoción! La sonrisa desapareció cuando le pregunté a mi tía el significado de las palabras *simbólico* y *nulo*.

El valor de la intención

Mis primos habían regresado a su casa y yo, curiosamente, ya no había sentido ninguna angustia al ir a despedirlos a la estación. La compañía de mis tíos era muy divertida. ¡Los quería tanto...! Eran los tíos abuelos más jóvenes del mundo. Parecían novios. Una de mis diversiones favoritas era oír sus conversaciones:

—Anastasio, quiero hablar contigo seriamente —le dijo mi tía.

—Sí, Chabelita, estoy a tus órdenes —le respondió él, cuadrándose como soldado—. Nada más que no sea demasiado serio el asunto —agregó suavemente, haciéndole un cariño—, sabes bien que me conquistaste por tu sonrisa.

Mi tía retrocedió y fingió una sonrisa.

—Pues sonriendo te diré que estoy enterada de que ayer no fuiste a Celaya como me habías dicho.

—No, siempre no fui —contestó él con naturalidad.

—¿Entonces por qué no me lo dijiste cuando llegaste? —le reclamó—. Toda la tarde pensé que te encontrabas en Celaya, y luego, por pura casualidad, me entero de que estuviste jugando dominó en casa de los Barrera.

—Bueno, amorcito, eso es cierto —dijo mi tío con una voz exageradamente dulce—, pero toda mi intención era haber ido a Celaya, así que no te mentí —luego su voz se volvió acusadora—; además, tú no me preguntaste en dónde había estado.

—Pues no —admitió mi tía—, porque antes de irte me dijiste que irías a Celaya y yo lo di por hecho.

Mi tío se quedó pensativo un momento, y luego dijo:

—Pues te diré que un cincuenta por ciento estuve ayer en Celaya.

—¿Qué dices, Anastasio? —mi tía lo miró sorprendida—. ¿Cómo que un cincuenta por ciento?

—Sí, Chabelita —le explicó—: Cuando uno tiene la intención de hacer algo, ya sólo por ese simple hecho, se tiene el cincuenta por ciento realizado, así es que ayer estuve un cincuenta por ciento en casa de los Barrera y el otro cincuenta en Celaya.

—¡Muy bien! —mi tía dio por terminada la conversación—. Ya va a ser hora de merendar. Voy a prepararte un mole de olla.

Mi tía se fue a la cocina y él hacia su despacho, saboreándose:

—¡Molito de olla! ¡Mhhhh!

Cuando mi tía nos llamó a merendar, mi tío llegó corriendo al comedor. Yo me senté a su lado.

Miró con extrañeza el platón de frijoles. Mi tía le sirvió dos cucharadas:

—Estos frijolitos son un cincuenta por ciento mole de olla. ¡Buen provecho, mi amor!

—¡Qué buena lección le diste, tía! —se me salió decir.

Mi tío me miró furioso y, acercando su cara a la mía, hasta quedar nariz con nariz, me preguntó:

—¿A qué lección se refiere, Panchito?

Yo temblé. Había metido la pata hasta el fondo. ¿Cómo salir de esta? Dije las primeras palabras que se me vinieron a la mente:

—Le decía yo a mi tía de una lección de rezos que le dio al Rorro...

—Al Rorro... Al Rorro... —repetía él, furioso.

Mi tía se sentó a mi lado y me abrazó. Como por arte de magia, la tensión desapareció y los tres empezamos a comer los ricos frijolitos.

Afición literaria

MI tía Chabela a nadie le enseñaba sus poemas, pero yo sabía de ellos, sin sospechar que eran suyos porque, a veces, cuando creía que nadie la estaba escuchando, los leía en voz alta. Además, como el Rorro andaba todo el día detrás de ella, se había aprendido algunos fragmentos, y los repetía una y otra vez de corrido, casi sin tomar aire.

Una tarde en que mi tía arreglaba la cocina, fui a hacerle conversación:

—Tía, ¿ya oíste al Rorro diciendo versos?

—¿Cuáles versos?

—Mira, ven —la llevé de la mano a la ventana que da al patio—, ¿lo oyes?

Se quedó escuchando por un momento y luego salió de prisa.

—¡Rorro! —le gritó—, ¡no se te ocurra decir esos versos delante de Anastasio! ¿Entendiste?

El Rorro, asustado, guardó silencio unos instantes y luego continuó desde donde lo había interrumpido.

—¿Por qué no quieres que mi tío los oiga? —le pregunté intrigado.

—Porque... —se quedó pensativa—, porque son míos y no quiero que tu tío los escuche.

—¿Son tuyos? —dije maravillado.

—Sí, Panchito, son míos.

—¿Y por qué no quieres que mi tío los oiga?

—Porque no. Ya sabes cómo es tu tío.

No tuvo que decir más. La entendí perfectamente.

—Tienes razón, tía. Yo tampoco diré nada.

Un tiempo después, estaba en el pasillo, afuera de la recámara de mis tíos y, sin querer, escuché:

—¿De quién es este cuaderno, Chabelita?

—Mío.

—¿Qué es lo que escribes aquí?

—Nada. Dámelo, por favor.

—¿Desde cuándo escribes versos?

—No los leas, por favor. ¡Dame acá!

—¿Por qué no me habías dicho que escribes, Chabelita?

—No lo creí necesario, Anastasio. Además, sólo escribo por afición. Dame mi cuaderno. Sé que no escribo bien, pero me gusta.

—No digas eso; en general está bien. Claro que podrías mejorar, pero eso sólo podrá ser a base de disciplina.

—No pretendo publicar, sólo lo hago por gusto.

—Pues, aunque así sea, debes tratar de mejorar tu técnica, y eso sólo lo lograrás si eres constante. De ahora en adelante escribirás diariamente y practicarás también la prosa. No importa que sean simplezas —escuché cómo hojeaba el cuaderno—, que no tenga contenido —volví a escuchar el sonido del pasar de páginas—, que no sea interesante ni original...

—¡Dámelo! —gritó ella, y agregó con voz tranquila—: Tienes razón, Anastasio, voy a tratar de ser disciplinada y constante y de practicar la prosa; pero, para no perder la costumbre de seguir escribiendo simplezas poco originales y sin contenido, de ahora en adelante voy a dedicarme a escribir tu biografía.

Mi tío salió de la recámara y cerró la puerta cuidadosamente, sin hacer ruido. Yo me senté en el piso y, recargado en la pared, me hice el dormido. Aún con los ojos cerrados sentí sobre mis párpados su mirada fulminante.

Su hijo

EL Rorro se metió corriendo a la recámara de mis tíos, y yo tras él. Voló por la ventana, yo me senté en la cama. Vi una llave sobre el buró de mi tío, la probé y abrí el cajón. Había muchos papeles, cartas, y una fotografía de mis tíos con un niño chiquito. Mi tío estaba riendo. Se veía muy bien. Casi nunca reía.

Cogí la foto. ¿Quién sería el niño? No era ninguno de nosotros. Era güero de ojos claros, como mi tía.

La puerta se abrió de golpe y apareció una figura enorme y ceñuda.

—¿Qué está haciendo aquí? —vociferó.

—¡Ay, tío, me asustó! —de mi mano se zafó la fotografía.

Visiblemente enojado, llegó adonde yo estaba, recogió la foto y miró el cajón abierto.

—¿Quién le dio permiso de entrar a mi recámara y, peor tantito, de abrir mi buró?

—Es que el Rorro... —le iba a explicar lo ocurrido.

—¡Qué Rorro ni que ocho cuartos! —me interrumpió furioso—. ¡Nada más me faltaba que le eche la culpa al pesado del perico! Ya me imagino: *mi niñooo, ve a la recámara de tu tío y ponte a esculcaaar...* —imitaba muy bien la penetrante voz del Rorro—. Y usted muy obediente, ¿verdad? ¡A manazas le voy a quitar lo tentón!

—¡Perdóneme, tío! —retrocedí asustado—. Es que andaba yo jugando con el Rorro, él se metió para acá, luego se salió volando, yo vi la llave y...

Mi tío no me escuchaba. Estaba como embelesado, mirando la fotografía.

—Tío —le dije despacio—, ¿qué le pasa?

Parecía como si yo no estuviera allí.

—¿Quién es ese niño? —le pregunté acercándome con cierta precaución.

Se sentó en la cama. Parecía muy cansado. Comenzó a llorar en silencio.

Me senté a su lado y lo abracé.

—¿Por qué le da tristeza ver esa foto, tío?

—Por lo mismo que a usted cuando ve la foto de su papá.

—¿Por lo mismo? —reflexioné—. ¿Se murió?

—Sí, Panchito, se murió. Era mi hijo.

—¿Usted tenía un hijo, tío?

—Sí, Panchito.

—¿Y se murió chiquito?

—Sí...

La tristeza me envolvió de pies a cabeza. Algo en mis adentros se rebeló.

—Ay, tío —le dije hirviendo de coraje—, francamente yo no entiendo eso de la muerte. ¿Por qué se mueren los que no se deben de morir y los que deberían no se mueren? Ya ve al padre Simeón, tan viejito que está, tan regañón que es y...

—No diga eso, Panchito —me interrumpió—; la muerte no se le desea a nadie. Pero, tiene razón —coincidió conmigo—, la muerte a veces es muy injusta... ¡Este niño era lo que yo más quería!

El llanto lo sacudió. Nunca había visto llorar así a un grande.

Me puse a contemplar la foto y a llorar junto con él.

—Qué bonito era su hijito, tío —le dije entre sollozos.

—Sí, Panchito, era muy bonito —contestó sorbiendo con la nariz.

Sacó su pañuelo, se sonó y luego me sonó a mí.

Recargué mi cabeza en sus piernas y le dije:

—Algunos tíos no tienen hijos, pero tienen un sobrino que los quiere mucho, como si fuera su hijo.

Me abrazó y lloramos juntos.

Mi tía entró a la recámara y le extrañó vernos así. Iba a decirnos algo pero miró la foto que mi tío tenía en la mano y pareció comprenderlo todo. Se acercó y nos abrazamos a su falda, ella acarició nuestro pelo.

—No lloren —nos dijo—, Albertito está en el cielo y desde allá nos mira; a él no le gustaría vernos llorar.

—¿Se llamaba Albertito? —le pregunté.

—Sí... así se llamaba —me respondió pensativa.

—¡Qué bonito nombre! —y sin poderme contener agregué—: Menos mal que no le pusieron Anastasio...

—Mire niño —saltó mi tío—, mi nombre es un elegante nombre griego y además muy original, no como el de usted; Panchos encuentra uno hasta debajo de las piedras.

—¿No le gusta mi nombre? —le pregunté extrañado.

—Me gusta tanto como a usted el mío.

Me sentí un poco triste al saber lo feo que le parecía mi nombre.

—Me hubiera gustado llamarme Albertito —le dije.

—¿Ah, sí? ¿Y para qué? —me preguntó.

—Para que usted pensara que tengo un nombre bonito.

Mi tía intervino:

—Tu nombre es muy bonito, Panchito, tu tío sólo estaba bromeando, ¿verdad, Anastasio?

—Así es —dijo mi tío—, estaba bromeando como estoy seguro de que él también lo hacía; Francisco y Anastasio son igualitos de hermosos.

—¿Igualitos? —le pregunté.

—Sí, niño. Igualitos —afirmó.

La idea de cambiarme el nombre me persiguió durante algún tiempo; luego se me olvidó. Después de todo, uno está muy acostumbrado a su nombre.

Técnica para el insomnio

MI tío Tacho compraba los cigarrillos por paquete y a veces, sin darse cuenta, encendía dos o tres al mismo tiempo. Siempre criticaba a las personas que caían en excesos y se disgustaba consigo mismo por cometer este. Además, estaba seguro de que el abuso del cigarro era la causa de su insomnio.

Se puso a investigar métodos para dejar de fumar. Leía artículos sobre el tema, escuchaba consejos y trataba de seguidos, pero era inútil, fumaba muchísimo y cada vez dormía menos.

Un amigo suyo le platicó sobre un hipnólogo que lo podía ayudar a dejar el cigarro y tenía un método buenísimo para el insomnio.

—Acompáñeme, Panchito, vamos a verlo —me dijo una tarde.

Llegamos al consultorio. La recepcionista nos hizo pasar de inmediato.

—Bienvenido, doctor —dijo el hipnólogo—. Póngase cómodo —le señaló un diván—. Tú, niño, siéntate allá para que no lo distraigas —había una silla al fondo de la habitación.

Mi tío se quitó la bata, se aflojó la corbata y se recostó.

El hipnólogo se dirigió hacia una parte del cuarto que estaba separada con un biombo. Hablaba sobre la técnica para el insomnio, asegurándole que era bastante sencilla, pero mi tío no lo escuchaba: se había quedado profundamente dormido.

El hombre salió del apartado llevando un libro en la mano y se sorprendió al verlo así.

—Debe estar muy cansado —me dijo quedito—, dejémoslo dormir unos minutos.

Yo asentí con la cabeza.

Después de un rato, comenzó a hablarle en voz baja tratando de despertarlo, pero mi tío se volteó de ladito y empezó a roncar.

Al principio, los ronquidos eran leves, pero a medida que pasaba el tiempo iban subiendo de intensidad, hasta volverse insoportables. Lo movió con brusquedad, pero fue inútil, sólo cambió de posición y siguió roncando a pierna suelta.

La recepcionista se asomó, junto con varios clientes, tratando de averiguar qué era lo que pasaba. El hipnólogo, muy molesto, les ordenó retirarse y cerrar la puerta.

Hizo un segundo intento por despertarlo. No hubo modo. Después otro; tampoco. Luego otro, otro y otro, hasta que se dio por vencido. Pasó como hora y media.

De repente, mi tío se incorporó de un salto, asustando al hipnólogo, y dijo:

—Creo que me dormí.

—Sí, doctor, creo que sí —le respondió disgustado—. Pero no se preocupe —suavizó la voz—, se nota que estaba usted muy cansado; de todos modos dormir le hizo mucho bien, aunque no pudimos realizar la sesión.

Mi tío miró el reloj.

—¡Qué barbaridad, es tardísimo! ¡Vámonos, Panchito! —Quedó de regresar al día siguiente.

Llegamos puntuales.

—Puedes sentarte, niño —me dijo el hipnólogo.

Me fui a mi lugar.

El hipnólogo lo hizo recostar pero esta vez no se retiró, pues ya tenía en la mano el libro que iba a leerle. Mas, en lo que buscaba el párrafo de la técnica para el insomnio, mi tío se quedó dormido, roncando sin consideración.

El hipnólogo me miró con disgusto, como si yo tuviera la culpa. Yo clavé la mirada en el piso y no la levanté hasta que mi tío despertó:

—¡Qué barbaridad! ¡Me dormí otra vez!

—Así es, doctor... —dijo el hipnólogo con fastidio.

Mi tío saltó del diván.

—Nos vemos mañana —dijo, se puso la bata y miró el reloj—. ¡Es tardísimo! ¡Vámonos, Panchito!

Volvimos al día siguiente. Mi tío saludó a la recepcionista y a los pacientes que nos veían entre divertidos y burlones. Pasamos al consultorio.

El hipnólogo le señaló el diván. Yo iba rumbo a la silla pero me dijo que me sentara junto a mi tío y que no lo dejara dormir.

Mi tío acomodó la cabeza en mis piernas y antes de que el hipnólogo empezara a leer el párrafo de la técnica para el insomnio, que ya tenía señalado, cayó en profundo sueño y empezó a roncar molesta y ruidosamente.

Yo me quedé muy quieto. Cerré los ojos y me tapé los oídos. Aún así, pude percibir la mirada del hipnólogo, llena de coraje, fija en nosotros. Sentí las piernas dormidas. Me moví y mi tío despertó. Apenas abrió los ojos, el hipnólogo arrancó una hoja del libro y se la dio:

—Doctor, ya no es necesario que regrese. Aquí está el párrafo que le iba yo a leer. Aunque, pensándolo bien, ya no es necesario que lo lea —le quitó la hoja—, usted maneja perfectamente la técnica para el insomnio. Por lo demás, trate de no fumar. Adiós, doctor.

Ni siquiera le dio tiempo de volverse a poner la bata. Lo tomó del brazo, a mí de los hombros, nos llevó hasta la salida dándonos un ligero empujón y cerró la puerta con llave.

Nos subimos al coche. Mi tío se acomodó en el asiento. Parecía muy satisfecho.

—¿Cómo le fue, *doctor*? —Lino le preguntó.

—¡Perfectamente! —le dijo mi tío con optimismo—. ¡No cabe duda que la hipnosis es algo maravilloso! ¿Verdad, Panchito?

—Ajá...

Desde ese día no volvió a fumar y despertaba muy contento diciendo que había dormido de maravilla. Nunca entendí su reacción.

Don Pascual

MI tío me había pedido que lo acompañara a visitar a don Pascual, el delegado de un pueblo donde iban a empezar a hacer una obra de electrificación.

Mi tío no había tenido tiempo de desayunar.

—Seguramente don Pascual nos invitará a almorzar —me dijo.

—Yo ya desayuné, tío.

—Pues quién como usted, Panchito. ¿Viera qué hambre traigo?

—Puede almorzar en casa de don Pascual —le sugerí.

—¡Qué más quisiera yo! Ya ve que él siempre tiene unos antojos deliciosos, pero, por desgracia, tengo el tiempo encima y no podré hacerlo. Ni modo, Panchito, mi destino era ayunar este día.

Nos subimos al coche.

—¿Ya desayunó, Lino? —le dijo a manera de saludo.

—Sí, *dotor* —respondió Lino sobándose el estómago.

—¡Pues qué envidia, Lino, qué envidia! —se acomodó en el asiento y cruzó los brazos para acallar su estómago.

Llegamos a casa de don Pascual. Nos estaba esperando en la puerta.

—¡Señor presidente! ¡Qué gusto verlo! —corrió a recibirlo hasta el coche.

Entramos a la casa.

—¡Siéntense, por favor! —nos dijo con mucha amabilidad.

Mi tío comenzó la plática:

—Pues aquí andamos, don Pascual, tratando de olvidar el hambre...

Don Pascual se levantó de un salto.

—¿Hambre? ¿Tiene hambre, señor presidente? ¡Permítame traerle algo!
—se encaminó a la cocina.

—No, don Pascual, no se moleste; de veras, no tengo tiempo de comer nada. La visita de hoy será de *doctor*.

El hombre se paró en seco en la puerta de la cocina.

—¿De doctor? Entonces, espéreme tantito.

Se metió a otro cuarto.

Después de unos momentos, gritó:

—¡Ya estoy listo, doctor! ¡Pase usted!

Entramos al cuarto que resultó ser una recámara. Don Pascual estaba acostado en la cama, tapado hasta la barbilla.

—¿Se puede saber qué hace usted? —preguntó mi tío.

—Es para que me revise, doctor. Usted me acaba de decir que hoy no viene de presidente municipal, sino de doctor.

—¡Muy bien! —dijo mi tío—. ¡Tráiganme el maletín del coche!

Lino y yo fuimos y regresamos rápidamente, maletín en mano.

Sacó sus instrumentos médicos y revisó a don Pascual de cabo a rabo. Cuando terminó nos dijo a Lino y a mí:

—Traigan de la cocina un batido de jugo de naranja con dos yemas de huevo —volteó a ver al paciente—. ¿Tiene jerez, don Pascual?

—¡Sí, doctor! —respondió en seguida, y luego volteó a vernos—. Está en las puertitas de abajo del fregadero.

—Le ponen una copita —concluyó mi tío.

Salimos de inmediato para la cocina.

Regresamos con el batido y se lo dimos a don Pascual. Mi tío se lo arrebató, revisó el contenido contra la luz, y quedó pensativo.

Estábamos muy intrigados. ¿Cuál sería el padecimiento de don Pascual?

El enfermo tenía cara de angustia.

De pronto, mi tío se llevó el vaso a la boca y se bebió el batido con voracidad; satisfecho, exclamó:

—¡Está usted completamente sano, don Pascual!

—¡Gracias!, muchas gracias, doctorcito —dijo con alivio el hombre.

Mi tío se dirigió a la puerta. Don Pascual se levantó de un salto. Estaba en calzoncillos. Se enredó con una cobija y caminó de prisa tras él.

Antes de subir al coche, mi tío le dijo:

—Mañana va usted a mi casa para que hablemos de la electrificación, ¡ah!, y me lleva los cincuenta pesos de la consulta.

Visita importante

EL gobernador del estado iba a venir a San Miguel. Mi tío Tacho, como presidente municipal, recibiría una felicitación del alto funcionario por su buena administración, y el municipio, una aportación económica para la terminación de las obras de electrificación y drenaje.

Mi tío estaba muy nervioso, quería que todo saliera a la perfección. Supervisó meticulosamente hasta el último detalle.

Después de la ceremonia oficial, se haría un recorrido por el municipio y al final una comida en la casa. Mis primos, los chicos, estaban con nosotros de visita. Todos ayudábamos en lo que podíamos.

Mi tío estaba en su consultorio haciendo el discurso que iba a leer.

—Panchito, cuídeme la puerta. Que nadie me moleste para que pueda inspirarme.

—Sí, tío —le respondí y me puse a hacer guardia.

Después de casi dos horas se abrió la puerta del consultorio y salió mi tío fingiendo quitarse el sudor de la frente con la mano.

—¡Uf!, ¡ya estuvo!

—¿Cómo le salió? —le pregunté.

—¡Genial, Panchito, genial! Ahora, véngase para acá; necesito que me cuide la puerta de la sala porque voy a hacer unas llamadas. Que no me interrumpen.

Tenía ya un buen rato en la puerta de la sala, cuando oí el timbre de la puerta. Agustín vino a decirme que buscaban a mi tío.

—No podemos molestarlo, está hablando por teléfono —le dije.

—Es que le traen un pedido del laboratorio —insistió.

—Pues diles que te lo den —le sugerí y se dirigió a la puerta.

Regresó con una caja y una nota en la mano.

—Que tiene que firmar de recibido —me dijo.

—Si lo interrumpimos nos va a regañar. Firma tú —le propuse.

—¡Cómo crees! —dijo asustado—, tiene que ser la firma de mi tío.

—Haz cualquier garabato, ¿no has visto su firma? —le recordé.

—Sí, ¿verdad? —estuvo de acuerdo. Estampó una rúbrica bastante rebuscada y se alejó.

Me dijo que revisaron la firma y no le dijeron nada. Antes de llevar la caja de medicinas al consultorio me dio un papel.

—Se lo entregas a mi tío. Voy a ayudar a mi tía.

En cuanto salió de la sala le entregué el papel.

—Es del laboratorio —le informé.

Me lo regresó y me pidió que lo guardara en un fólder que estaba en el consultorio.

Sobre el escritorio había varios fóliders. ¿Cuál sería el indicado para guardar el papel? Lo dejé a la suerte. Cerré los ojos y lo puse en el primero que tocó mi mano.

En el salón del palacio municipal nos acomodamos en nuestros respectivos lugares y dio principio la ceremonia.

Mi tío fue al palco de oratoria y comenzó la lectura de su discurso:

—Señor gobernador: damos a usted la más cordial bienvenida... bla bla bla bla... Nos sentimos honrados por su presencia y... bla bla bla bla... Hemos trabajado con ahínco para... bla bla bla bla... un futuro más prometedor... bla bla bla bla...

Dio vuelta a la hoja:

—Ativán, Valium, Mogadón, Paciflorina...

Lo miramos sorprendidos. Él se aclaró la garganta y siguió:

—¿Para qué nos sirven estos medicamentos? Para dormir, para tranquilizarnos, pero no es el camino correcto; con ellos sólo conseguiremos una paz interior momentánea, pasajera, artificial... ¡No, distinguidos

compañeros! Lo único que nos puede llevar a la tranquilidad verdadera es el actuar con justicia y honestidad en todo momento... bla bla bla bla...

Volvió la hoja, me echó una mirada fulminante, y siguió leyendo el discurso.

Al terminar la ceremonia, fuimos al recorrido y luego a la casa a comer. En cuanto entramos, mi tío me llamó aparte:

—¡Qué bueno es usted para guardar papeles!

Pensé que si no inventaba algo rápido, me iba a ir muy mal.

—Lo hice a propósito, tío.

—¿Cómo dice? —se sorprendió.

—Quería ver cómo salía usted del paso... ¡Qué bárbaro, tío! ¡Lo felicito! ¡De veras lo felicito!

Puso cara de presunción y habló con voz petulante:

—Claro, niño... ¿Qué esperaba? ¡Écheme sus toritos cuando quiera!... ¡Aquí está su torero maravilla!

Mi tía le hizo la seña de que todo estaba listo. Fuimos al comedor.

Al terminar la comida, el gobernador le comentó de ciertas molestias estomacales que tenía.

—¡Ah! Quiere consulta... —dijo mi tío.

—En efecto, doctor, quiero consulta —respondió el gobernador.

—Pues pasemos a revisarlo.

Fueron al consultorio.

Cuando regresaban, mi tío le venía diciendo:

—... y quiero que me disculpe por haberle cobrado, es que tengo la certeza de que si no cobro no se alivian... y no piense que fue abuso, lo que pasa es que yo tengo la costumbre de cobrar según los recursos del cliente...

Mi tía puso los ojos en blanco y se tuvo que detener de una silla para no caerse.

Cirugía en familia

POR lo menos una vez al mes íbamos a comer a casa de mi abuela, mamá de mi mamá y hermana de mi tío Tacho. A mí me gustaba ir porque era donde a veces —muy contadas, por cierto— veía a mi mamá. Cuando esto ocurría, mi pulso se aceleraba y me tenía que detener el corazón para que no se me saliera del pecho. Como respuesta recibía un ligero y apresurado beso en el cachete y, casi siempre, un adiós prematuro.

Recuerdo bien que aquel día mi mamá no fue a comer. Acababan de servir el puchero cuando a mi padrino Pedro se le ocurrió decir que sentía una molestia en el cuello.

—Algo así como una bolita dolorosa.

Mi tío Tacho se levantó de inmediato.

—A ver, don Pedro, déjeme revisarlo.

Lo comenzó a examinar. Mi padrino siguió comiendo como si nada.

—¡Sí! ¡Aquí está! —exclamó jubiloso—... A ver, a ver, ¿le duele? —le apretó fuerte.

—Un poco —respondió mi padrino, visiblemente adolorido.

—Permítame tantito, don Pedro —volteó para todos lados, como buscando algo—. No traje mi maletín ¿verdad, Chabelita? —le preguntó a mi tía.

Ella le dijo que no y siguió saboreando su puchero.

—Bueno, no importa —y comenzó a buscar en las bolsas de su bata blanca.

Sacó una jeringa, un bisturí y una botellita de alcohol. Luego, se desabotonó la bata, buscó en las bolsas de su pantalón y aparecieron: gasas, hilo de nylon, agujas de sutura, tela adhesiva, guantes de cirugía, gorro, cubre bocas, pinzas, y no sé qué más.

—Hay que ser precavidos —comentó mientras ponía todo en la mesa.

Cargó la jeringa con el líquido de una ampolleta que sacó de la bolsa de su camisa y dijo a mi padrino, mientras se colocaba el gorro, el cubrebocas y los guantes:

—Esto le va a doler un poco, don Pedro.

Y, sin ninguna consideración, le dio varios piquetes en el cuello. Mi padrino apretó fuertemente los dientes y los ojos se le humedecieron.

—Sí... esto duele... duele mucho —le decía mi tío Tacho—... pero en unos instantes más sentiré adormecido... ¡Como si nunca hubiera tenido pescuezo!

Mi abuela y mis tíos habían dejado de comer. Algunos se habían quedado con la cuchara en el aire y otros con el bocado en la boca. Sólo mi tía Chabela seguía comiendo como si nada. Mis primos y yo intercambiamos miradas y risitas.

—Hay que esperar a que la anestesia haga su efecto —dijo mi tío; se subió el cubrebocas a la frente, se quitó los guantes, se sentó en su lugar y siguió comiendo. Mi padrino siguió comiendo también.

Mi abuela llamó a Macrina, la muchacha, para que recogiera los platos del puchero. La mayoría se fueron intactos a la cocina. Lo que seguía era un guisado de cordero.

Apenas lo acabaron de servir, mi tío Tacho se puso de pie, se colocó el cubrebocas, se puso los guantes, tomó el bisturí y, sin más ni más, se fue sobre mi padrino haciéndole una profunda incisión en el cuello. La sangre brotó. Todos mis tíos, menos mi tía Chabela, retiraron sus platos y pusieron cara de horror. El horror aumentó cuando los dedos de mi tío Tacho se introdujeron en la herida y empezaron a escarbar. Caty se levantó de su lugar y vino hacia mí para calmar sus nervios. Yo no hice nada por evitarlo, la comprendí perfectamente. Los dedos de mi tío, bañados en sangre,

salieron por fin de la herida extrayendo una bola gelatinosa y sanguinolenta, muy parecida al guisado de cordero.

—¡Ya estuvo, don Pedro! —exclamó triunfante mi tío—. ¿Le dolió?

—No... nada... —respondió afligido mi padrino.

—Ahora, nada más unas cuantas puntaditas y quedará usted como nuevo... Qué bonito es el sol de mañanaaaa... al regreso de la capitaaaaal —cantaba mientras cosía.

El tumor quedó en un plato en medio de la mesa.

Los comensales se empezaron a retirar. Mi abuela pidió sus sales.

—¿Cuáles sales, mamá? —le preguntó mi tía Mimí.

—¡Las que sean! ¡Pero tráelas pronto, que me desmayo!

Mi tía tomó el salero, lo destapó y se lo dio a oler; mi abuela aspiró con fuerza, Mimí la tomó del brazo y salieron las dos tambaleantes.

Mis tías Chita y Coya se retiraron a gatas y sus maridos tras ellas.

—¡Guácala! —exclamaron varias voces infantiles y los dueños de las voces salieron del comedor disparados.

Mi tía Chabela se levantó de prisa para llevar al baño a mi tía Meche, que arqueaba sobre la mesa.

Lola y la Nena echaron una mirada de enojo a mi tío Tacho y salieron del comedor. La Peque dijo, antes de levantarse:

—Tío, ¿me puedo retirar?

—Adelante, Peque... ¡Buen provecho! —le contestó, quitándose los guantes y acomodándose el cubrebocas en la frente.

La Peque salió, tapándose la boca con toda delicadeza.

Yo no me pude mover. Me sentía lacio, cual hoja de palmera, y veía todo como entre brumas.

Mi tío Tacho y mi padrino llamaron a Macrina para que les sirviera el postre.

Mi tía Chabela

MI tía Chabela era una sonrisa, unas manos suavécitas; un *mi niño, mi amor, m'ijito*; un abrir los ojos durante las noches que estaba enfermo y encontrarla sentada en la orilla de mi cama; un pásate con nosotros, cuando yo no podía dormir. Era una sopa riquísima; una cucharada de emulsión que me tenía que tomar, para que crezcas mi cielo, mi tío siempre agregaba: *para que no te quedes chaparro como tu tío Rubén*; unos tamales para desayunar, un pastel recién hecho para merendar, y un baño en la tina antes de empiyamarme. También era un perfume, un chal tejido cuando atardecía, un cabello plateado, una canción tarareada mientras regaba sus plantas, y otra cantada a dúo con su perico; era una piel blanquísima y unos ojos azules que tan pronto eran lilas como verdes.

A mí siempre me intrigaba ese cambio de color.

—Tía, ¿por qué tienes los ojos de tantos colores?

—Porque son color del tiempo, mi amor.

—¿Son azules cuando hay cielo azul?

—Sí, mi cielo.

—¿Y verdes cuando está nublado?

—Algo así, mi amor.

—¿Y lilas cuando florece la jacaranda?

—Sí, niño —se adelantó mi tío Tacho a contestar—, son como los de usted: café común cuando hace frío, café corriente cuando llueve y café común y corriente cuando hace calor.

Miré sus ojos.

—Como los suyos, ¿verdad, tío?

Mi tía sonrió burlona y él me dijo muy serio:

—Mire Panchito, ya estuvo bueno de estar analizando ojos, váyase a hacer la tarea.

Y se puso sus lentes oscuros.

Cumpleaños

MI tía Chabela entró en la sala.

—Ya duérmete, Panchito, ya es muy tarde. ¿No estás cansado? Tus primos ya se acostaron.

—Ahorita, tía.

—¿Quieres que te lea un poco para que te dé sueño?

—No. Todavía no me quiero ir a mi cuarto —le dije con la vista fija en el teléfono.

—Mi amor —dijo con cariño y cogió mi mano—, seguramente tu mamita estuvo muy ocupada y no te pudo hablar.

Yo retiré la mano y me puse tenso.

—Mira, mi niño —me abrazó—, a veces uno no puede hacer todo lo que quiere; te apuesto a que todo el día estuvo pensando en ti, pero no tuvo ni un ratito libre ni para coger el teléfono. Tú sabes que tu mami tiene mucho trabajo y...

La interrumpí:

—Todas las mamás quieren a sus hijos, ¿verdad, tía?

—Claro que sí, mi amor.

—La mía también me quiere, ¿verdad?

—¡Por supuesto!

—Aunque se olvide de mi cumpleaños, ¿verdad?

Se acercó a mí.

—No se olvidó, mi cielo; te aseguro que no. Mira, Panchito —me dijo con seriedad—, a tu mami le tocó vivir cosas muy difíciles. Cuando se

quedó sola, sin tu papá, ella tuvo que salir a trabajar. Tu mami es una mujer muy buena, pero no tiene tiempo para quedarse en la casa contigo, como quisiera...

Me apreté a ella.

—¡Qué bueno que tú si te puedes quedar conmigo! ¡Te quiero! —le dije.

En brazos de mi tía me sentía seguro, protegido; pero cuando estaba en ellos deseaba con toda el alma que fueran los de mi mamá. Quería creer que ella también me extrañaba, que se pasaba el día pensando en mí, como decía mi tía, pero que no tenía tiempo para hablarme ni para venir a verme de vez en cuando. A veces reflexionaba en ello, y sacaba en conclusión que ningún trabajo podía ser tan absorbente como para tener a alguien ocupado las veinticuatro horas del día, pero como esta idea me entristecía hasta hacerme sentir enfermo, prefería pensar que el trabajo de mi mamá era la excepción.

Mi tía me llevó a la cama y se sentó a mi lado.

—Tía —le dije—, ¿crees que ella esté pensando en mí?

—Seguramente, mi amor, seguramente —me respondió...

Ya muy tarde, con su mano entre las mías, el sueño acudió.

Al día siguiente, mi tío Tacho, Chucho, Caty y Lupita entraron a mi recámara. Mi tío traía una caja de regalo, enorme.

—¡Mire, niño, lo que acaba de llegar por correo!

Yo salté de la cama.

—¿Es para mí?

—Pues solamente que haya otro *Panchito* en la casa... —me dio un sobre rotulado con mi nombre.

No sabía qué abrir primero, si la carta o el regalo. Me decidí por el regalo. Mis primos me rodearon, ansiosos por mirar el contenido. ¡El barco que siempre había deseado! ¡Qué felicidad!

—¡Qué padre! —dijo Chucho.

—Ah... es un barco —dijo Lupita y salió de la recámara.

—¿Me lo vas a prestar? ¡Mire, tío, no me lo quiere prestar! —dijo Caty al tiempo que lo sacaba de la caja.

A mí me dieron muchas ansias, yo hubiera querido ser el primero en cogerlo.

—Déselo a Panchito —dijo mi tío—, luego se lo va a prestar.

—Sí, Caty, al rato jugamos todos —dijo Chucho.

Caty hizo un puchero. Mi tío se acercó a ella y le dijo que lo pellizcara a él mientras yo leía mi carta.

La carta era de mi mamá. Me decía que no había olvidado mi cumpleaños, que le había sido imposible llamarme, pero que me quería mucho. Me sentí feliz.

Leí esa carta una y otra vez. Siempre que lo hacía pensaba en lo parecidas que eran la letra de mi mamá y la de mi tío Tacho

Mis primos

LAS grandes se habían casado, y, de los chicos, sólo Chucho, que ya tenía diecisiete, y Caty, que como yo tenía doce, seguían pasando sus vacaciones aquí en San Miguel.

Desde luego, de vez en cuando nos volvíamos a reunir todos, ya fuera en casa de mi abuela o aquí.

—Tío, ¿usted cree que mis primos ya no nos quieren? —le pregunté un día mientras rociábamos los frutales con un líquido que preparaba mi tía para evitar las plagas.

—¿Por qué dice eso, Panchito?

—Porque ya no vienen.

Interrumpió su labor y me dijo con seriedad:

—El que no vengan no significa que nos hayan dejado de querer. Le aseguro que sus primos siempre estarán al pendiente de nosotros. Apuesto a que cualquiera de ellos vendría de inmediato si supiera que lo necesitamos.

Continuamos apretando los atomizadores durante un buen rato, hasta que externé un asunto que me preocupaba desde hacía tiempo:

—Tío, ¿usted cree que la Peque se acuerde de mí?

—Panchito —me dijo tomándome de los hombros—, la Peque ha dejado de venir porque se acaba de casar, pero eso no quiere decir que se haya olvidado de usted. Ahora ella tiene obligaciones y compromisos que la detienen en su casa, pero no por eso debe usted pensar que ya no lo quiere —se quedó pensativo—... cuando se enamore la va a entender...

Me abrazó ligeramente mirándome pensativo y después seguimos esparciendo el líquido sobre todos los árboles de la huerta.

Judith

CUANDO conocí a Judith, comprendí aquellas palabras. Esa muchacha se había convertido en lo más importante para mí. Quité la fotografía de la Peque que tenía en un portarretratos sobre mi buró, y puse la de ELLA.

—Ten cuidado, Panchito, esa muchacha es mucho mayor que tú.

La opinión de mi tía Chabela me tenía sin cuidado. Judith era la perfección hecha mujer, y yo estaba enamorado.

Lo de Judith comenzó en una reunión en casa de unos amigos. Todo fue verla y quedarme con la boca abierta. Su figura era muy diferente a la de las niñas de la escuela. Mi timidez le cayó en gracia.

—¡Muévete, pareces palo!

Y se repegaba a mí. Yo, que de por sí no sabía bailar, estaba tan aturdido por su cercanía que mis piernas se habían vuelto dos barras de acero que no obedecían. No recuerdo de qué hablamos, más bien de lo que ella habló porque yo era un mudo embobado por su cara, por su cuerpo de mujer y por su boca...

Ella me enseñó a besar. Despertó todos mis sentidos.

—Pancho, deja a Judith; nada más está jugando contigo. Ella se besa con todos...

Toño, mi mejor amigo de la secundaria, me lo advirtió. Le di un golpe en la nariz que lo dejó noqueado.

Más noqueado quedé yo cuando, unos días después, la descubrí besando a un muchacho, ya grande, precisamente en nuestro lugar. En ese lugar que

yo consideraba sagrado por ser de ella y mío: un parque solitario, atrás de la Catedral, al que ella me había llevado de la mano:

—No seas miedoso, ¿qué no eres hombre?

—¡Claro que sí!

Y por sentirme hombre desafié a todo el mundo.

—Panchito, yo creo que no está bien que llegue usted tan tarde a la casa, ¿dónde andaba?

—Ya soy lo bastante grande como para cuidarme solo, ¿no cree?

Mi tío callaba ante mis respuestas.

—Panchito, yo creo que esa muchacha no te conviene, mi amor.

—Tía, yo amo a Judith. Déjame en paz.

Estoy seguro de que mi tía lloraba en las noches. Así era ella. Así se preocupaba por mí.

El día que vi a Judith besándose con aquel, se me rompió el corazón. Le reclamé.

Aquella risa burlona y aquellas palabras quedaron resonando en mis adentros durante mucho tiempo:

—¿Pues qué habías creído? ¿Pensaste que en verdad tus encantos me habían cautivado? ¡Niño estúpido!

Me enfermé.

—Tiene fiebre, Anastasio —decía, angustiadísima, mi tía Chabela.

—No te preocupes, preciosa, se va a poner bien —aseguraba mi tío.

Y tuvo razón. Pronto, en cuanto tomé conciencia de la maldad de Judith, decidí que ella no valía ni un momentito de sufrimiento. En un arrebato de ira, arranqué del portarretratos su fotografía. Estaba a punto de hacerla pedazos, cuando mi tío entró a mi recámara.

—¿Qué está haciendo, Panchito?

—Nada, tío —escondí la foto.

—Supongo que esa muchacha no le dio solamente malos ratos —me dijo.

Los recuerdos de Judith pasaron por mi mente.

—Pues, no... —respondí.

—Entonces no rompa esa fotografía, mejor guárdela y mírela de repente. Cuando una persona ha significado mucho en nuestras vidas, para bien o para mal, y se ha ido, no debemos tratar de encerrarla en el olvido, porque el olvido tiene una puerta que se abre cuando menos lo esperamos y nos lanza los recuerdos como caballos salvajes que nos patean el alma. Aprenda a domar el recuerdo de esa muchacha. Los recuerdos domados no lastiman... Supongo que algo bonito, digno de recordar, le habrá dejado...

Recapacité un momento.

—Pues, sí tío... —le dije, pensando en las veces que junto a ella me había sentido el hombre más feliz del mundo.

Volví a poner a la Peque en su portarretratos, y a Judith en el cajón de los recuerdos.

Moisés

MOI, le decía mi mamá. Nunca se me olvidará el día que lo conocí.

Llegué a la casa después de la escuela y vi afuera un coche muy elegante. Cuando entré, oí la voz de mi mamá. Casi me caigo de la emoción. El portón está bastante retirado de la sala y, sin embargo, desde allí la escuché.

Hacía más de dos años que no la veía. Aventé mis cosas y corrí para verla. Ella oyó mis pasos y salió al patio.

—¡Mi amor, *m'ijito* adorado, cuánto te he extrañado!

—¡Hola, Panchito, ven a saludar a Moi! —fue la frase real, porque la anterior sólo se formó en mi mente.

Ni un beso y, mucho menos, aquel abrazo que en mi imaginación me había dejado sin respiración.

¿Moi? ¿Quién era Moi?

Mi mamá caminó de prisa delante de mí. Siempre parecía tener prisa. Por detrás, yo observaba su figura, su ropa elegante, sus movimientos... ¡Era tan bonita!

—Mira, Moi, este es Panchito, creo que ya te había hablado de él.

«¿Creo?», pensé. ¿No es lo más lógico que ella hable de mí a sus conocidos?

—Panchito, él es Moisés, mi esposo, ¡nos acabamos de casar!

No sé si lo saludé, si me saludó, qué le dije, o qué me dijo. Me vuelvo a acordar hasta que estaba sentado junto a mi tío Tacho con su brazo en mi hombro, apretándome con cariño. Mi mamá estaba sentada en el sillón de

enfrente, acariciando la mano de un señor gordito, calvo, y muy sonriente. Tenía dentadura postiza, porque cuando hablaba se le movía.

Entró mi tía Chabela y puso una charola en la mesa de centro. Tras ella venía el Rorro.

—¿Ya llegaste, mi amor? —me dijo—. No te oí entrar. —Se acercó a besarme.

Sirvió el café y algo en los platitos. No recuerdo qué.

—¿Tú quieres un refresco, mi niño? —me dijo con cariño.

—No, tía, gracias —le respondí sin poder ocultar la extraña sensación que me oprimía la cabeza y no me dejaba pensar.

Se sentó junto a mí y me tomó de la mano. El Rorro voló a mis piernas.

Fue una impresión muy especial: yo estaba sentado en medio de mi familia y, frente a nosotros, la mujer más bonita del mundo con su esposo.

«¿Cómo le voy a decir que no me puedo ir con ella?», pensaba, mientras ella describía su nueva casa. «Si me voy, mis tíos se van a quedar muy solos», seguía pensando mientras ella hablaba del club. «Además, yo no me quiero ir... sin mis tíos yo no podría...».

No tuve que decir nada porque ella simplemente se puso de pie, tomó del brazo al tal Moi y se despidió de nosotros. Mi tía los acompañó a la puerta.

Una molesta mezcla de coraje, frustración y tristeza me invadió.

—¿Por qué no me dijo que mi mamá se había casado, tío? —le pregunté sintiendo un rencor que me hacía temblar.

—Espérese, no diga nada —me dijo—, hay moros en la costa.

Se levantó del sillón y con exagerados aspavientos echó al Rorro de la sala.

—Ahora que ese bocaza calumniador se ha ido podemos hablar tranquilos —se sentó frente a mí.

Yo comenzaba a exasperarme.

—Tío, esto es muy serio para mí.

—Y para mí también, Panchito —me tomó una mano—. Si no le había dicho que su mamá se casó es porque yo tampoco lo sabía. Para nosotros también fue una sorpresa...

Su respuesta me asombró.

—¿De veras no lo sabían?

—Desde luego que no —me dijo—. ¿Usted cree que si hubiésemos estado enterados se lo habríamos ocultado?

Reflexioné un momento y respondí:

—No. Creo que no.

La gran tristeza que en seguida me invadió casi me aplasta.

—Tío, ¿por qué es así mi mamá? —tuve que hacer un gran esfuerzo para que mis palabras no sonaran a alaridos.

—Mire, Panchito —me dijo—, eso, creo que eso nunca lo sabremos. Lo único que puedo decirle es que a las personas que amamos hay que aceptarlas tal como son, con sus cualidades y sus defectos.

Me quedé pensativo. Después de un buen tiempo le dije:

—¿Sabe qué, tío?

—¿Qué cosa? —me respondió.

—Deseé que me pidiera que me fuera con ella, pero, a la vez, sentí miedo. Yo no podría alejarme de ustedes.

Sus ojos se humedecieron y me abrazó con fuerza.

Por encima de su hombro vi a mi tía. Nos observaba desde la puerta y también lloraba.

Número dos

MI tío decidió que estudiara la preparatoria en el Distrito Federal, en la misma escuela en que él lo había hecho. Ocupé un cuarto en una casa de huéspedes que recibía estudiantes. Todos los fines de semana venía a San Miguel.

Desde el primer semestre tuve serios problemas con las matemáticas, así que, a mediados del segundo semestre, después de haber tenido que presentar difíciles y largos exámenes extraordinarios, tomé la decisión de dejar los estudios y buscar un empleo. Pensé que lo mejor sería enterar a mis tíos de inmediato.

Llegué a San Miguel en la tarde. Mi tía había salido y mi tío estaba dando consulta. Aguardé en la sala de espera, repleta de gente. Puse mi maleta en el piso. Las manos me sudaban de nervios. ¿Cómo se lo diría? ¿Cómo lo tomaría él? Me sobrepuse, me di valor: «Todos tenemos derecho a decidir nuestra vida», repetía para mis adentros.

Salió mi tío a despedir al paciente que acababa de atender y me vio.

—¡Hola, Panchito! —me saludó con gusto—. ¿Qué anda haciendo por acá con todo y maleta? ¿Acaso suspendieron las clases?

—No, tío. Vine a hablar con usted —le dije tratando de disimular mi nerviosismo.

—Pásele, pásele —me invitó gustoso—. Es mi sobrino —dijo a los pacientes a modo de disculpa por no hacerme esperar.

Dentro del consultorio me preguntó:

—¿Qué cosa es tan urgente que tuvo que venir entre semana?

—Tío —le dije envalentonado—, ¡he decidido dejar la escuela!

—¿Dejarla? —se sorprendió.

—Sí —la seguridad en mí mismo iba en aumento—; voy a buscar un empleo.

Se hizo un silencio tan denso que se hubiera podido cortar con un cuchillo. Él se puso de pie, entró al baño, y después de un largo tiempo que a mí me pareció eterno, regresó con la cabeza y la cara empapadas, escurriendo agua sobre el cuello de su camisa. Volvió a instalarse en la silla giratoria de su escritorio y me preguntó:

—¿Y puedo saber por qué ha tomado esa decisión?

Yo recité el parlamento que tenía tan ensayado:

—Me he puesto a pensar que no todo el mundo debe ser profesionista. Creo tener la preparación necesaria para enfrentar cualquier situación que se me presente. Además, he llegado a la conclusión de que a la escuela sólo se va a perder el tiempo y que las matemáticas no sirven para nada...

Se quedó pensativo. Luego se levantó, me tomó bruscamente de un brazo y me llevó a la puerta.

—Espere a que termine mi consulta y después hablamos —me dijo antes de echarme con un empujón.

Me senté en la sala de espera y aguardé. El tiempo se me hizo eterno. Cuando salió el último paciente, me dirigí hacia la puerta del consultorio pero mi tío la cerró bruscamente; casi me da en las narices.

—¡Espere a que lo llame! —gritó desde adentro.

Extrañado por su actitud regresé al sillón.

Después de mucho rato, apareció en la puerta y me hizo señas para que pasara.

—Siéntese, muchacho —me indicó—, ¿de qué me estaba hablando?

—Era acerca de la escuela...

—¡Ah, sí! —me interrumpió—, me estaba comunicando sus intenciones de abandonar los estudios, ¿no es cierto?, pues, casualmente, necesito un ayudante en la farmacia, así es que su brillante decisión me cayó como anillo al dedo.

Me alegré por su comprensión, aunque, francamente, no esperaba que fuera así de sencillo.

—¿Habla en serio? —le pregunté.

—¡Claro! —me dijo—, desde hoy tiene usted empleo.

Emocionado exclamé:

—¡Gracias, tío!

—¡Nada de «tío»! —gritó—. ¡No sea usted igualado! ¡De ahora en adelante llámeme doctor!

—¿Cómo? —la sorpresa no cabía en mí.

—¡Así como lo oye! ¡Desde este momento yo soy el patrón y usted sólo un empleado! ¿Entendido?

—Sí, doctor —respondí con un nudo en la garganta.

En ese momento llegó mi tía. Tocó la puerta.

—¡Adelante! —dijo mi tío.

—¡Mi cielo! —exclamó mi tía al verme y corrió hacia mí con los brazos extendidos—. ¿Qué andas haciendo por aquí? —me abrazó—. ¿Qué tienes, mi amor? Estás temblando. ¿Te sientes mal?

—No, Chabelita —respondió mi tío—, está perfectamente; ha venido a darnos la nueva de que va a dejar la escuela...

—¿Cómo? —preguntó sorprendida.

—Así es —continuó mi tío—; ha decidido que estudiar es perder el tiempo y que lo mejor será ponerse a trabajar; por tanto, desde hoy, será mi nuevo ayudante en la farmacia.

—¿En serio? —me miró incrédula.

—Sí, tía pero...

Iba a darle una explicación más detallada sobre mi forma de pensar y de las serias reflexiones que me habían llevado a tomar esta decisión, pero mi tío no me dejó hablar.

—¡No la llame «tía»! ¡Dígale señora y háblele de «usted»! —vociferó.

—Pero, Anastasio... —mi tía iba a empezar a protestar pero él la interrumpió:

—Sí, Chabelita, así debe ser —dijo tajante—. En la vida cada quien escoge su lugar. Se le va a acondicionar el cuarto de servicio y va a comer

en la cocina...

—¡Anastasio! —exclamó mi tía.

—¡Las cosas se harán como yo digo! —gritó enojado.

Mi tía se quedó muy sorprendida; él nunca le hablaba así. Mi tío pareció reflexionar, se acercó a ella y la abrazó con cariño:

—Te aseguro que así es como debe ser, preciosa; hazme caso...

Ella asintió y salió del consultorio.

Al día siguiente, mi tío fue al cuarto de servicio;

—¡Arriba, muchacho! ¡No sea perezoso!

Abrí los ojos. Aún estaba oscuro.

—¿Qué hora es? —le pregunté.

—¡Hora de trabajar! —me respondió—. ¡No quiero ir a la farmacia y encontrarme con que usted no ha hecho el aseo! ¿Entendió?

—Sí, tío, digo, doctor —corregí rápidamente.

—¡Pues apúrese! —aventó unas llaves sobre la cajonera—. ¡A las siete en punto el negocio debe estar abierto! —y salió dando un portazo.

Aún semidormido me dirigí a hacer la limpieza de la farmacia. No lograba pensar en otra cosa que no fuera en la actitud de mi tío. No podía ser cierto que me estuviera tratando así. Seguramente al rato vendría y me pediría perdón. Todo volvería a ser como antes...

Mojé la jerga y empecé a trapear. Miré el radio y lo prendí. Entró mi tío. De tres zancadas llegó a donde estaba el aparato y de un manotazo lo apagó.

—¡Mire, jovencito, aquí no quiero abusos! —gritó—. ¡No vuelva a encender el radio sin permiso! ¡Ah, tampoco se le vaya a ocurrir hacer uso del teléfono! ¿Me entendió?

—Sí, doctor —contesté al borde del llanto.

—¡Y cuando necesite ir al baño vaya al del patio de atrás! —y salió de la farmacia.

Así pasaron cinco días. Con nada le daba gusto. Todo el día me regañaba y me pedía las cosas a gritos. Cuando llegaban los clientes, casi todos conocidos míos, no me dejaba platicar con ellos, decía que un empleado no debía ser igualado con la clientela. A la hora de comer, él me servía personalmente, racionando las porciones exageradamente. No

permitía que mi tía se me acercara o me dirigiera la palabra, ella y yo sólo nos echábamos desde lejos unas miradas muy tristes; y cuando el Rorro me gritaba, él lo regañaba:

—¡Dígale «muchacho», o «ayudante», o «fámulo»! ¡No lo llame «Panchito»!

Sentí que no podía aguantar más. Fui al consultorio a hablar con él.

—Doctor, creo que se está portando muy injusto conmigo —le dije—. No creo merecer el trato que me da y no entiendo el porqué de este cambio tan brusco hacia mí.

—¿No lo entiende? —preguntó burlón—, es muy sencillo: yo soy el patrón y usted mi servidor. ¿Qué esperaba? ¿Acaso ser tratado como un igual?... ¡No, señor!... El ganarse un lugar en este mundo cuesta trabajo... El que yo me gané, me costó mucho esfuerzo, años de estudio, dedicación y sacrificio... La vida siempre presenta dificultades, pero si usted a la primera se rinde, está demostrando que se conforma con ser número dos, y que está dispuesto a que cualquier persona un poquito más preparada que usted le pueda dar órdenes. ¡Decida su lugar en la vida!

Y salió del consultorio. Yo me quedé pensativo.

Esa misma tarde empaqué mis cosas y fui a decirle:

—Doctor, le prometo que lucharé por llegar a ser número uno.

Me miró sin hablar durante un buen rato y su dura mirada se fue transformando. Al fin, visiblemente satisfecho, exclamó:

—¡Estoy seguro de que lo hará, Panchito!... ¡Ah, y no vuelva a llamarme doctor! ¡Yo soy su tío!

—¡Tío! —le dije feliz y nos abrazamos.

—Vaya con su tía —me dijo—, ya no soporto verla tan triste.

Ella me pidió que me quedara hasta el día siguiente, cosa que acepté con gusto. Esa noche me preparó una cena deliciosa y después me fui a mi recámara, muy contento de volver a disfrutar de su comodidad. Pero no pude dormir... sólo pensaba en el examen de matemáticas que me esperaba en la escuela.

Ramsés

MI mamá se divorció de Moisés y muy pronto se volvió a casar. Esta vez con Ramsés; un hombre joven y bastante bien parecido.

Cuando se acababan de casar, escuché una plática que me dejó helado:

—Es una mujer sin sentimientos, sin ninguna moral —era la voz de mi tía Meche.

—Así es —contestó mi tía Reme—. De su hijo ni se acuerda. Pobre Panchito.

¡Estaban hablando de mi mamá!

No se dieron cuenta de que yo estaba al otro lado del corredor. ¡Qué mal me sentí ese día!

Como todas las noches, después de merendar, mi tío y yo salimos a caminar a los portales. Aproveché para comentarle lo que había oído en el corredor. Él permaneció en silencio, como si no me hubiera escuchado. Cuando ya había perdido las esperanzas de obtener una respuesta, me dijo:

—Sólo voy a hacerle una observación y después usted mismo saca sus conclusiones: ¿no cree que dos personas tan feítas, como mis hermanas, que por estar esperando a los de a caballo se les fueron los de a pie, podrían haber hablado solamente por envidia? Ellas fueron las patitas feas de la familia; no como su abuelita y como yo —alzó una ceja y sonrió de lado—. Además, no es que su mamá no se acuerde de usted... ella piensa que aquí está mejor. En varias ocasiones nos dijo que ella no podía darle la estabilidad y la tranquilidad que aquí tiene, y aunque para ella era un sacrificio estar lejos de usted, estaba dispuesta a hacerlo por su bien.

—¿Les dijo que vivir sin mí era un sacrificio? —le pregunté ansioso de que me lo confirmara.

—Bueno, no exactamente —me respondió—, pero le aseguro que eso es lo que ella siente.

—¡Mentira! ¡Usted está inventando todo eso! ¡Usted no puede saber lo que ella siente! —le dije fuera de mí.

Después la tristeza me invadió y, con un hilo de voz, agregué:

—Perdóneme. La verdad es que mis tías tienen razón; yo no le importo a mi mamá... nunca le he importado...

—Mire, Panchito —me dijo—, usted debe tener en cuenta que su mamá no es una mujer común y corriente. Ella es extraordinariamente bella, y los que tienen algo de extraordinario no actúan como la generalidad de las personas. Imagínese la viviendo en forma rutinaria, como Reme o como Meche, y verá que esa imagen no le va. Es cierto que su belleza la ha convertido en una persona un poco individualista, con cierta tendencia a un inmoderado amor por sí misma... ¿cómo le explicaré?

—Egoísta —le dije.

—Bueno... más o menos —aceptó—, pero no la juzgue mal, ella...

—Gracias por defenderla, tío —lo interrumpí—. A pesar de todo yo la quiero mucho y me duele que la critiquen.

—¡Bravo! —gritó jubiloso—. ¡Así me gusta oírlo hablar! Con eso usted me está demostrando que ha madurado y que puede aceptar a las personas tal como son y disculpar sus errores. Hay mucho amor dentro de usted, Panchito, y el amor es lo único que transforma a las almas en excelentes.

Reflexioné en sus palabras y me sentí muy contento; como si desde ese momento me hubiera dado permiso a mí mismo de sentir y de expresar libremente el gran amor que le tengo a mi mamá.

Primera consulta

CUANDO mi primo Chucho terminó su carrera, el más feliz y orgulloso de todos era mi tío Tacho. Su mayor satisfacción eran nuestros logros.

Inmediatamente le acondicionó un consultorio al lado del suyo.

—Mire, Chuchito —le dijo—, este consultorio es para usted, pero no quiero que se sienta obligado a venirse a trabajar a San Miguel. Si usted desea quedarse en el pueblo, o irse a otro lugar, está bien; sólo quiero que tenga en cuenta que los aparatos y el mobiliario que están aquí son suyos y si quiere se los puede llevar... claro que en este caso usted pagaría la mudanza —agregó rápidamente—... aquí contaría con casa y comida, pero le advierto que en cuanto usted comenzara a ganar dinero tendría que pagarme la renta del consultorio. No me conteste ahorita, piénselo todo el tiempo que necesite.

Al día siguiente de que Chucho presentó su examen profesional para obtener el título de médico veterinario, se instaló en la casa y estrenó su consultorio.

Nerón y Celín, los perros de mi abuela, lo mismo que el Rorro, fueron sus primeros clientes. Ese día mi tío había ido muy temprano al pueblo a traer a los perros de mi abuela. Se quedó un buen rato afuera del consultorio de Chucho sujetando a los animales y batallando con ellos, platicándole a toda la gente que pasaba por ahí que había un nuevo veterinario en San Miguel y que era buenísimo.

Cuando Chucho terminó de revisar a los animales y le aseguró que estaban completamente sanos, mi tío le preguntó:

—¿Cuánto le debo?

—¿Cómo cree que le voy a cobrar, tío? —dijo mi primo.

—¿Y por qué no? —gritó disgustado—. ¡Es su trabajo! A usted le costó mucho esfuerzo llegar a ser lo que es y no va a regalar sus servicios.

¿Cuánto le debo?

—Son veinte pesos, tío —respondió Chucho muy apenado.

—Muy bien, aquí están —le tendió un billete.

Chucho lo acompañó a la puerta. Antes de salir, mi tío se paró en seco y le dijo:

—¡Ah, se me olvidaba!, cuando termine su consulta vaya a pagarme el adelanto de la renta.

Perro en observación

UN perro había mordido a una niña y, a pesar de que sus dueños aseguraban que estaba vacunado contra la rabia, no tenían el comprobante. Tuvieron que empezar a ponerle a la pobre niña las dolorosas vacunas en el estómago pues no podían correr el riesgo de que fuera a contraer la terrible enfermedad. Mi primo Chucho se ofreció para ir a checar al perro durante los días necesarios para ver si no presentaba síntomas y así poder suspender la vacunación de la niña y no tener que completar la larguísima serie. Ese día no iba a poder ir, así que le pidió a mi tío Tacho que lo hiciera.

—Claro que sí, Chuchito, con todo gusto —aceptó mi tío—. Acompañeme, Panchito —me dijo.

Llegamos al domicilio. Mi tío tocó y una mujer gorda y colorada abrió la puerta.

—Buenas tardes, señora —la saludó cortésmente—, disculpe la molestia, ¿me podría informar si se encuentra el perro en casa?

—¿Quién lo busca? —preguntó la mujer.

—Mire, a mí no me conoce, vengo de parte de mi sobrino el veterinario...

—¡Ah!, del doctor Chuchito, ¿verdad?

—Así es.

—Pues no, fíjese que no está, salió desde hace rato.

—¿Y como a qué hora regresa?

—Pues no tiene hora —dijo la mujer—, pero si gusta le puede dejar el recado.

—Nada más dígame que vuelvo como a las siete, que me espere.

—Cómo no, yo se lo voy a decir —respondió ella y se despidieron muy correctamente.

En el coche, Lino y yo nos revolcábamos de la risa.

—¿De qué se ríen? —nos preguntó mi tío cuando se subió.

—De nada, tío —le respondí—, es que Lino me contó un chiste.

—Ya no estén tonteando —nos dijo furioso—, de lo único que se tienen que acordar es de que tenemos que regresar a las siete a revisar a ese vago.

La rana

Yo estaba en la casa disfrutando de las vacaciones del quinto semestre de preparatoria. Un lunes, mientras comíamos, mi primo Chucho nos dijo que se había encontrado con un antiguo compañero de la prepa que también estudiaba veterinaria pero que iba un poco atrasado, que apenas estaba en primer año.

—¿Y quién es él? —preguntó mi tío.

—Ángel Rodríguez, tío —respondió Chucho—. ¿No se acuerda de él?, al que le decíamos la Rana; una vez vino conmigo a San Miguel...

—Ángel... Ángel... ¡Ah, ya recuerdo, la Rana!... era simpático. Pero, dígame, Chuchito, ¿por qué está cursando apenas el primer año si usted ya tiene de recibido más de seis meses?

—No sé exactamente, creo que dejó de estudiar un tiempo... pero ya nos contará él los motivos porque lo invité a cenar.

—Pues hizo usted bien, Chuchito, así no nos quedaremos con la duda —dijo mi tío complacido.

Como a las ocho de la noche llegó la Rana.

—¡Pasa, pasa! —mi tía Chabela lo recibió con gusto—, Chuchito te está esperando.

Cenamos riquísimo, como siempre. Durante la sobremesa, mi tío empezó a bombardear a la Rana con preguntas sobre su retraso en la escuela. La Rana respondió con evasivas y no nos sacó de dudas.

Cuando mi tío se dio cuenta de la hora y vio que la Rana no tenía para cuándo retirarse, se levantó de la mesa y dio las buenas noches. Al ver que

la Rana no se movía, le tendió la mano como para despedirse, lo jaló de la mano y lo llevó hasta la puerta, lo sacó y cerró ruidosamente.

Al día siguiente, cuando nos disponíamos a desayunar, llegó la Rana y desayunó con nosotros; al terminar, se ofreció para levantar la mesa y se puso a lavar los trastes. Luego, se fue a sentar a la sala de espera del consultorio de Chucho llevando un libro de anatomía de animales.

—¡Qué muchacho tan estudioso! —comentó mi tío muy contento; adoraba a los aplicados.

Al poco rato, mi tío fue a ver cómo iba en sus estudios de anatomía y lo encontró dormido con el libro abierto sobre las piernas. Nos lo fue a platicar muy enojado. Antes de la comida, la Rana se despidió.

Al día siguiente regresó a la hora del desayuno; desayunó con nosotros, se levantó antes que nadie de la mesa, y volvió a lavar los trastes. Iba rumbo al consultorio de Chucho, con su libro de anatomía bajo el brazo y mi tío lo interceptó en el corredor.

—¿Y usted dónde estudia, joven Rana?

—¡En la Universidad de México, doctor! —dijo con orgullo.

—¿Y ahora está de vacaciones?

—Pues... no precisamente —le respondió—. Lo que pasa es que me sentí un poco desorientado y quise venir a ver a Chucho para observar la práctica de la carrera. Por un amigo me enteré de que Chucho es muy buen veterinario.

—¿Y no cree que debería concluir primero sus estudios y después venir a observar la práctica?

—Pues sí, doctor; lo que pasa es que así, desorientado, no me puedo concentrar en los exámenes...

—¡Ah!, ¡está usted en exámenes! —le dijo a gritos.

—Pues... sssí —contestó asustado.

Mi tío le dirigió una mirada fulminante, le dio la espalda violentamente y se retiró. La Rana bajó la cabeza y con tristeza se acercó a donde estaba el Rorro, quien empezó a gritar «¡Buurro!», «¡Burro!», y se alejó volando muy bajo.

Mi tío entró a la sala de espera del consultorio de Chucho y encontró a la Rana dormido, con su libro de anatomía abierto sobre las piernas.

—¡Siempre en la página trece! —gritó.

La Rana saltó del asiento, cerró su libro y se despidió.

Durante varios días la Rana llegaba cuando empezábamos a desayunar. Después, comenzó a llegar más temprano; alguien le abría y cuando llegábamos al comedor, ya estaba la mesa puesta y el desayuno preparado. A continuación, sus llegadas se volvieron más tempranas; cuando nos levantábamos el patio estaba limpiísimo, las plantas de mi tía regadas, la comida del Rorro servida y el desayuno preparado. Mi tía lo saludaba de beso y le decía «Ranita preciosa».

Después de dos semanas, mi tío quiso hablar con él. La Rana entró en la sala con su libro de anatomía bajo el brazo, mi tío se lo pidió y lo abrió en la página trece.

—Dígame, Rana, ¿cuáles son las partes del aparato digestivo del borrego? —le preguntó.

En la cara de la Rana se reflejó la duda.

—¿No me puede dar más datos?

—¡Lo que le voy a dar es un librazo! —gritó mi tío fuera de sí—. Mire, muchacho —le dijo más calmado—, creo que está equivocando su profesión... su vocación está clara. Si está usted de acuerdo, desde hoy tiene trabajo... claro que también tendría que lavar y planchar... descansaría los domingos y...

La Rana no lo dejó terminar. Le arrebató el libro de anatomía y, muy ofendido, salió de la casa sin despedirse de nadie.

Prejuicios sociales

Mi primo Chucho, muy preocupado, le platicó a mi tío Tacho su problema:

—Y no quiere venir a pedirla, tío... no sé qué hacer.

—Parece mentira que su padre esté actuando así... déjame ir a hablar con él, a ver si puedo arreglar las cosas.

—Gracias, tío —dijo mi primo.

Esa misma tarde, Lino y yo lo acompañamos al pueblo.

En el camino iba hablando solo: «Qué peros le pone mi sobrino Juan a Marianita muchos padres estarían deseosos de tener una nuera como ella».

Mis tíos, Coty y Juan, nos recibieron con gusto. Para la merienda mi tía sacó las obleas y el queso de tuna que guardaba para los invitados especiales. Al final de la merienda, dijo mi tío Tacho:

—Juan, quiero hablar con usted sobre Chucho y Marianita.

Mi tía Coty se levantó de la mesa y desapareció.

—Ya me imaginaba que a eso se debía su visita, tío —respondió molesto mi tío Juan.

—Chucho está muy preocupado por la actitud que usted ha tomado.

—Creo que es la correcta. No pienso cambiarla —dijo mi tío Juan y se levantó de la mesa.

—¿Es injusto, Juan! —mi tío Tacho subió la voz.

—¿Cómo voy a aceptar que mi hijo se case con una muchacha sin apellido? —Mi tío Juan se volvió a sentar—. ¿Cómo voy a aceptar que mi hijo tome por esposa a una muchacha que no tuvo padre?

—¿Que no tuvo padre? —preguntó mi tío Tacho, exagerando extrañeza—. ¡Oiga, sobrino, eso es increíble! ¿Quiere decir, acaso, que Marianita es un monstruo? ¿Una mutante que ha nacido sólo de una madre, sin padre?

—No se burle, tío —dijo muy disgustado—, sabe a qué me refiero.

—No lo sé.

—¡Pues a que su padre nunca se casó con su madre y, por si fuera poco, ni siquiera la reconoció!

—Juan, ¿cómo puede culparla de eso?... Creo que usted está muy mal.

—Yo no lo creo —respondió cortante mi tío Juan—. Mire, tío, no aspiro a que mi hijo se case con una dama de la realeza, pero sí con una muchacha que tenga como respaldo una familia respetable, no con una que sólo tiene detrás de ella a una pobre mujer como su madre.

—¡Así es! —gritó mi tío Tacho—. ¡A una pobre mujer que ha dedicado su vida a cuidar a su hija! —Ya más tranquilo prosiguió—: Ella fue víctima de las circunstancias; su único pecado fue haberse enamorado de un hombre irresponsable... Por lo que veo, para gente como usted eso es un pecado imperdonable. Seguramente, preferiría que Chucho se casara con una mujer tan fina y elegante como la de Neto; ella sí que tiene un apellido rimbombante como respaldo. Creo que sus problemas conyugales se deben, casi siempre, a que gasta más de lo que Neto puede darle en ropa, salones de belleza, comidas con las amigas y todo lo que implica pertenecer a tan alta esfera social. Por lo demás, es buena esposa, siempre y cuando Neto esté dispuesto a comer comida de lata, a no descomponerle el peinado con una caricia, a no besarla espontáneamente para no estropearle el maquillaje y a no tocarla hasta que el barniz de uñas se haya secado. Luego, mire a sus hijitos, tan bonitos como insoportables; unos pobres niños repletos de objetos caros pero vacíos de atención y de afecto, porque su mamá lleva una vida social tan intensa que nunca puede estar con ellos y su papá trabaja como negro para poder mantener ese nivel de vida que, por cierto, es muy chic ¿no es cierto? Pero, bueno, eso no importa. Tal vez fue el precio que Neto tuvo que pagar por el flamante apellido de su mujer, ¿no le parece?

—Tío —dijo mi tío Juan—, creo que está exagerando... dramatiza tanto que me confunde...

—Juan —concluyó mi tío Tacho—, debemos pensar en la felicidad de Chucho. Olvide los prejuicios. Piense en lo feliz que va a ser con una mujer como Mariana; tan alegre, tan inteligente y, sobre todo, tan enamorada. Chucho merece lo mejor. Siempre ha sido un excelente hijo... para usted y para mí.

Nos despedimos y volvimos en silencio a San Miguel.

La petición de mano

MIS vacaciones habían terminado y había regresado a la casa de huéspedes en el Distrito Federal. Toda la semana estuve pensando en Chucho y en Mariana. El sábado siguiente, cuando llegué a la casa, encontré a Chucho muy contento. Su padre, al fin, había accedido a ir a pedir la mano de Mariana.

—¡Mira, Pancho! —me dijo Chucho emocionado—. Mi tía Chabela quiere que sea de Mariana el anillo que mi tío le dio cuando se comprometieron —me lo enseñó en su estuche.

Una oleada de envidia me envolvió, pero logré disimular.

—¡Qué bueno! —le dije, admirando el anillo que siempre creí sería para mi novia.

Chucho pareció no darse cuenta de mi perturbación, pues siguió hablando entusiasmado:

—Mi tío Tacho se ofreció para organizar una cena en el salón Embajadores para el próximo sábado. ¿Te imaginas, Pancho? No sé cómo agradecerle todo esto.

—Me alegro mucho por ustedes —le dije sinceramente.

El día de la petición, en la casa todo era movimiento. Mariana y doña Rosa, su mamá, habían ido a que mi tía Chabela les ayudara con su arreglo.

—¡Ay, Chabelita! ¡Me está picando! —gritó doña Rosa cuando mi tía le detuvo el cabello con un prendedor.

—Ni modo, Rosita, así se le ve muy bien; recuerde que las elegantes se aguantan —respondió mi tía fijando con firmeza el broche.

—Tiene razón, Chabelita —admitió doña Rosa con lágrimas en los ojos —; pero ¿antes de irnos me podría dar una aspirina?

—¡Claro que sí, Rosita! —sacó una tira—. Y se lleva las demás por si las dudas.

Llegamos al salón. Mariana y Chucho estaban felices. Al poco tiempo llegaron mis tíos Juan y Coty con mi prima Caty.

Habían invitado a los amigos más allegados: los Torres, los García, los Mayers, los López Mendívil, los Aragón y los Mir. Del pueblo llegaron: mi abuela, mis tíos y primos, y mis padrinos Pedro y Sara. No me extrañó que mi mamá no asistiera.

Mi tío Juan hizo la petición de mano. Aunque cortés, se notó frío y seco. Doña Rosita respondió un poco incómoda, pero con mucha educación. Luego, mi primo Chucho puso el anillo en el dedo de su novia y yo sentí un vuelco en el estómago. Después brindamos y la música comenzó.

Correspondía a mi tío Juan bailar la primera pieza con la novia, pero al ver que no tenía intenciones de hacerla, mi tío Tacho se levantó y se dirigió a Mariana:

—Quisiera pedir esta pieza a quien, como linda flor, ha venido a perfumar nuestra familia.

Caty, que estaba sentada junto a mí, hizo un agrio comentario:

—No sé cómo mi papá puede permitir que mi hermano se case con esa...

—No seas cruel, Caty —le reproché un tanto incómodo—. Mariana es muy buena. No debes juzgar a las personas tan a la ligera.

—¡No, Pancho! —insistió—. ¡Nunca aceptaré a esa como de la familia! Se levantó y se fue a otro lugar. Yo me alegré.

Al terminar de bailar, mi tío Tacho se sentó junto a mí, en el lugar que Caty acababa de abandonar.

—Ella está en el mismo plan que su padre, ¿no es así, Panchito? —me preguntó.

—Sí, tío —respondí en tono reflexivo—, no los entiendo.

—¡El tiempo, Panchito!... El tiempo pone todo en su lugar —aseguró.

—¡Qué linda se ve Mariana! ¿No le parece, tío? —le comenté mirando a los novios, que bailaban encantados—. El anillo le quedó perfecto...

—Así es —respondió—. Por cierto —me dijo—, no quiero volver a ver en su rostro ninguna señal de envidia. Para usted tenemos reservados nuestros anillos de bodas. Desde hace mucho, Chabelita y yo acordamos que estos serían para nuestro hijo consentido...

Y apretó mi mano con cariño.

Nuevos padres

HABÍAN pasado unos meses desde que Chucho y Mariana se casaran cuando nos dieron la noticia de que iban a ser padres.

Chucho nos invitó a la comida que darían en su casa para festejarlo.

Ese domingo, mis tíos y yo fuimos casi los primeros en llegar, allí estaba ya doña Rosa, la mamá de Mariana.

Al poco tiempo, llegaron Lupita y Lucha y, en seguida, mis padrinos Pedro y Sara y la Peque, Loli y la Nena con sus maridos.

Mi padrino dijo a Chucho que sus padres y su hermana Caty no podrían asistir por tener otro compromiso. En la cara de mi primo se notó la desilusión pero Mariana lo abrazó y él recuperó su alegría.

La comida que Mariana preparó estaba deliciosa; es muy buena cocinera.

Estábamos terminando de comer cuando llamaron a la puerta. Chucho fue a abrir y nos quedamos sorprendidos al ver a Caty, acompañada por un muchacho muy bien parecido, bastante pasado de copas.

—¡Hola a todos! —dijo Caty en la puerta—. ¡Les presento a Valente!

Entraron y se sentaron. Su actitud era descortés y altanera.

Mariana se apresuró a servir unos platos y Caty le dijo con petulancia:

—Ni te molestes, chula, no vamos a comer. Sólo sírvenos una copa para brindar contigo ya que vas a ser mamá.

La mirada de Chucho se iluminó.

—¿Qué te parece, Caty? Pronto serás tía.

—¿Tía yo? —dijo extrañada—. Mira, hermano, si fueras tú quien estuviera esperando a ese niño, estaría segura de eso, pero como no es así, pues siempre queda la duda...

—¡Caty! —gritó Chucho, poniéndose de pie.

—No creo que sea momento para discutir —intervino mi tío Tacho—, y menos para que usted, Caty, haga ese tipo de comentarios.

Caty se levantó, con actitud retadora, sirvió otras copas para ella y su acompañante y después de dar un buen trago, respondió:

—Mire, tío, con todo respeto, creo que esto no es de su incumbencia. A usted le es fácil aprobar esta situación porque no fue su casa la que se manchó con la llegada de esta —señaló a Mariana.

—¡Basta, Caty! —saltó Chucho—. ¡Haz el favor de salir de mi casa y no vuelvas a poner un pie aquí! —le dijo fuera de sí.

Caty sonrió, burlona.

—Sí, hermanito, me voy. Pero no porque tú me corras, sino porque me sale urticaria con esta clase de gente —miró de arriba a abajo a Mariana y a su mamá.

Nos quedamos consternados. No podíamos dar crédito a lo que había pasado.

Caty y su amigo salieron de la casa, tambaleantes por el efecto del vino.

Futuro médico

—MEDICINA, ¿qué otra cosa?

Respondía mi tío Tacho cuando alguien me preguntaba qué iba a estudiar cuando terminara la prepa. Siempre se me adelantaba, a mí no me dejaba hablar.

—¿Qué te parece, Chabelita? ¿Quién nos iba a decir que ibas a tener dos médicos en la casa? —le decía lleno de orgullo.

—Todavía falta tiempo, Anastasio —respondía ella.

—Sí, pero una verdadera vocación se lleva en la piel, se le nota a la gente hasta en la forma de caminar, ¡míralo nada más! —me señalaba como quien está mostrando algo extraordinario.

Yo trataba de descubrir frente al espejo de cuerpo entero, que está en el baño, los atributos que ponían en evidencia mi notoria vocación por la medicina.

—Pues sí, don Pedro —dijo a mi padrino el día que fue a visitarnos—, imagínese lo orgulloso que me siento por la decisión que ha tomado Panchito... ¡Mi futuro médico! —exclamó mirándome complacido.

¿Mi decisión?... a pesar de tener muy claro que no había sido mía, no me atrevía a contradecirlo. Mi tío estaba contentísimo, no hablaba de otra cosa.

—Ya debe comenzar a practicar, Panchito —me dijo cuando entré al último semestre de preparatoria.

Al inicio de las vacaciones de semana santa compró un costal de naranjas para que pudiera ejercitarme en la puesta de inyecciones. Yo nada

más veía la jeringa y mis manos comenzaban a temblar fuera de control.

—¡Domínese! —me decía—. ¿Cómo le va a hacer cuando tenga que operar? ¡Un cirujano debe tener temple de acero!

Me veía yo vestido de médico abriendo con el bisturí en canal a un paciente y por mi frente empezaban a correr gruesas gotas de sudor.

Nunca pude desprender la cabeza de las ampolletas ni cargar una jeringa. Las ampolletas en mis manos se rompían por completo y cuando mi tío ya me las daba abiertas, las agujas se doblaban por el mal cálculo que hacía de la profundidad del frasquito. Toda una tarde nos pasamos inyectando naranjas.

—Recuerde que cada una representa el nalgadorio de algún paciente. Trátelas con cuidado —me decía.

Ninguna salió con bien. Quedaban despanzurradas, o, en el mejor de los casos, rasgadas de la cáscara porque la jeringa se me iba chueca y la aguja se clavaba en forma perpendicular. Pensaba en lo que hubiera pasado si las naranjas hubiesen sido nalgadorios reales y la carne se me ponía como de gallina.

—Lo que usted necesita es practicar en una persona —decidió mi tío.

Al día siguiente llegó muy contento.

—Me acaban de informar que su tío Rubén tiene bronquitis ¡Es nuestra oportunidad! —me dijo.

Llevó varias ampolletas y jeringas.

—Por si se rompen o se dobla la aguja —decía mientras las guardaba en el maletín.

Mi tío Rubén estaba tan débil y tan afiebrado que no se dio cuenta cuando varias ampolletas se desbarataron en mis manos ni cuando otras tantas agujas quedaron como bastón; y mi tía Rufina, su esposa, yo creo que sí se dio cuenta pero se hizo la disimulada.

—No se ponga nervioso, Panchito —dijo mi tío—, no es más que su tío Rubén... ¡Preste acá!

Me arrebató la ampolleta y la jeringa, preparó la inyección como se debe y me la dio.

—¡Ahora sí, banderillero, a triunfar! —exclamó en tono festivo.

—¡Ole! —reforzó mi tía Rufina.

Saqué fuerza de flaqueza. El público me aclamaba. No lo podía defraudar. Tomé la jeringa, apunté, inserté, y vacié el líquido de un jalón. Miré, con horror, cómo en la desinflada naranja de mi tío Rubén se formaba un círculo que iba del rosa mexicano al morado berenjena. En ese momento recordé que antes de vaciar el medicamento debí haber jalado para atrás el émbolo de la jeringa y mirar si no había sangre, para estar seguro de que no había picado vena. Ya era tarde. La inyección estaba puesta.

—Mire, Panchito —dijo mi tío Tacho—, si su tío Rubén queda impedido, que es muy posible debido a la forma en que le puso la inyección, no se preocupe —me tranquilizó—, el mundo no va a extrañarlo.

—¡De veras que no! —aseguró mi tía Rufina.

Antes de despedimos, mi tía Rufina nos agradeció varias veces la buena acción de haber ido en auxilio de su esposo.

—No me lo agradezca a mí, Rufina —dijo mi tío—, agradézcaselo a nuestro flamante futuro galeno.

A los pocos días, mi tío me llevó a presenciar una operación.

Llegamos al hospital. Pasamos a la sala donde los médicos se visten de cirujanos y me vistieron.

—Usted quédese aquí, paradito —me acomodó a un lado de él cuando entramos al quirófano—, va a ser una operación inolvidable para usted, mi futuro cirujano.

Y así fue. Era una amputación de brazo.

El sonido de la sierra eléctrica y los trocitos de hueso junto con los chorros de sangre que salpicaron mi cara, aún se presentan en mis sueños más inquietos, en mis pesadillas. Y ese olor... nunca se me olvidará.

Una espesa bruma me envolvió. Comencé a arquear, pero el vómito se me fue al cerebro. Al menos así me pareció. Perdí el sentido. No volví a saber de mí hasta que estaba en mi cama. Miré para todos lados sintiéndome confundido y atontado; una potente voz me hizo reaccionar:

—¡Qué necedad la suya, Panchito! ¿De dónde sacó usted el absurdo disparate de que quiere ser médico? ¿Quién le metió en la cabeza esa terquedad?... ¿Usted cree que, así no más porque sí, uno puede decir

«quiero ser médico» y listo? ¡No, Panchito, reconózcalo, usted no puede ser médico!

—Pero tío... —balbuceé.

—¡No insista! —me interrumpió—. ¡No sea testarudo! ¡No quiero volver a oído decir semejante impertinencia!

—Tío, escúcheme...

—¡Silencio, no sea obstinado! —me dijo—. ¿Acaso no tiene imaginación? ¿Cree que todo el mundo es médico? No, Panchito, también hay contadores, publicistas, ingenieros, mecánicos, astronautas, bomberos, cantantes, payasos, equilibristas, plomeros... usted puede ser lo que se le dé la gana, menos doctor ¿me entiende? ¡Menos doctor! —y salió de mi recámara golpeando la puerta. El portazo hizo que se abriera la ventana y por ella entró una brisita de alivio.

Alfonsina

CUANDO entré a la universidad a estudiar economía conocí a una muchacha que, aunque bastante fea, me llamaba la atención por su inteligencia. Comenzamos a hacer amistad y surgió entre nosotros una corriente de simpatía que se convirtió en salidas al cine, al teatro o, simplemente, a caminar por la ciudad.

Pero las cosas se complicaron. Alfonsina se enamoró de mí y yo, ni por equivocación, sentía lo mismo.

Traté de alejarme de ella pero no pude. Se tomó muchas pastillas para dormir y se puso gravísima. Yo me asusté. Me sentía culpable. Cuando se estaba recuperando, me hizo prometerle que nunca la dejaría y que la amaría por siempre. Me sentí atrapado.

Decidí contarle todo a mi tío Tacho.

—¿Y hasta dónde piensa usted dejar llegar esta situación? —me preguntó.

—No lo sé, tío no puedo abandonarla... ella es muy buena y me quiere mucho.

—¿Y no le parece que también es importante lo que usted sienta? —me dijo—. ¿No cree que siempre es mejor la más amarga de las verdades que la más dulce mentira? —me preguntó.

—Sí, tiene usted razón —admití—, pero si la abandono ella terminará con su vida...

—¿Entonces usted piensa que lo correcto es sacrificar la suya a cambio de la de ella? —me preguntó.

—Pues no, tío —le respondí incómodo—, pero ¡entiéndame!, yo no puedo hacer sufrir a alguien que, aunque no amo, me da tristeza por la forma en que me quiere.

Quedó pensativo y luego me dijo:

—¿Por qué no la trae el próximo fin de semana? Me gustaría conocerla y así poder darle mi opinión con conocimiento de causa.

Llegué con Alfonsina. Mis tíos la recibieron con gusto. Él no dejaba de mirarla. Cuando menos lo esperaba, se me acercó y en voz alta me dijo:

—¡Cómo es usted exagerado, Panchito! ¡Esta muchacha no está tan fea como usted dice!

El rostro de Alfonsina se encendió. Yo me quedé helado.

Durante la comida, Alfonsina se mostró contenta y animada, aunque fría conmigo. Al terminar, mi tía Chabela nos invitó a dar un paseo por la huerta. Ellas se fueron juntas, por delante de nosotros.

—Pues sí, Panchito —comenzó a decir mi tío—, tiene usted razón, esta muchachita es muy simpática y muy inteligente...

Yo le hice señas para que bajara la voz, pero tal pareciera que entendió lo contrario.

—... aunque no creo que haga usted bien en andar con ella sin amarla entiendo que se sienta culpable por no poder quererla... pero yo creo que la lástima es un sentimiento muy triste... sinceramente pienso que ella merece mucho más y no me cabe en la cabeza cómo es que, valiendo tanto, esta encantadora mujer se valore en tan poco...

Mi tía trataba de distraer a Alfonsina contándole la historia de sus limones y enseñándole las flores de los duraznos. Yo quería que la tierra me tragara. ¿Cuál sería la reacción de Alfonsina después de haber escuchado una verdad que yo no me atrevía a decirle?

Cuando regresábamos de San Miguel, Alfonsina iba seria y pensativa. Yo me sentía apenado y también iba callado. De pronto, ella rompió el silencio:

—Pancho, creo que me he portado como una tonta.

—No digas eso... yo... ¡Perdóname! —fue todo lo que pude decir.

—No te disculpes —me dijo—, yo he sido la única responsable. Deseaba con toda el alma que me quisieras como yo a ti. Quería retenerte a costa de lo que fuera... pero tu tío tiene razón; yo no quiero que estés conmigo por compasión.

—Alfonsina —supliqué—, no quiero que te sientas mal...

—No, Pancho —me dijo—, en verdad he abierto los ojos y no estoy resentida. Sé que soy fea...

—¡No! —le interrumpí—. Quizá no seas muy bonita físicamente, pero por dentro...

Ella sonrió y me tomó de la mano.

—Ya lo sé —me dijo con cariño—, pero yo necesito tener a alguien que le guste por dentro y por fuera... ¡Y lo voy a encontrar! ¡Ya lo verás, Pancho, ya lo verás!

Alejandra

TODO en mi vida transcurría sin novedad hasta que me enamoré.

Era la muchacha más hermosa que había visto, aunque, cuando la analizaba objetivamente, reconocía que había otras más bonitas, pero en ella había algo que ninguna otra tenía. Cuando me miraba sentía una descarga eléctrica.

Ella estudiaba Pedagogía, lo mismo que mi amigo Roque. Un día que no tuve clases y lo acompañé a su salón, me senté en una butaca de alguien que seguramente había faltado, precisamente, al lado de ella. ¿De qué se trató la clase?, no lo sé; no puse atención a otra cosa que no fueran sus ojos negros, su perfil aguileño y sus larguísimas pestañas.

Cuando terminó la clase quise presentarme con ella, pero no me dio oportunidad; solamente me regaló media sonrisa y salió rápidamente del salón. Roque se quedó sorprendido cuando vio que me alejaba a toda prisa sin despedirme de él. No la alcancé. Se había esfumado. Pensé que tal vez había sido una alucinación, algo así como un ángel.

—Claro, Pancho —me dije—. ¿Cómo crees que eso que viste puede ser real?

¡Pero era real! Lo comprobé al día siguiente. Anduve merodeando por todos los salones de clase de pedagogía, hasta que la vi salir. Le sonreí pero ella pareció no verme. Se alejó a toda prisa y se subió en su destartalado carrito azul.

Hablé con Roque y le pedí ayuda.

—Alejandra es muy seria, Pancho; con nadie se lleva —me dijo.

Pero no me di por vencido; al menos ya sabía su nombre. Todos los días acudía a Pedagogía buscando la oportunidad de hablar con Alejandra.

—¡Alejandra, olvidaste tu libreta! —salió un muchacho corriendo tras ella.

—¡Yo se la llevo! —me ofrecí.

Ella se detuvo a esperar su libreta, su seriedad y su frío aire de indiferencia me hicieron temblar.

Le di la libreta, ella me la arrebató, murmuró un leve «gracias» y se subió al coche dando un sonoro portazo. Yo me paralicé.

Empecé a asistir a todas las clases de Pedagogía. Lógicamente, tuve un serio atraso en las mías; lo peor de todo era que no lograba llamar su atención.

Un día me armé de valor y la esperé durante horas recargado en su carrito.

—Alejandra, permíteme hablar contigo —le dije cuando llegó.

La frialdad de su mirada me hizo sentir muy pequeño y mis piernas me llevaron hacia un lado del auto. Ella abrió la portezuela y entró en él. Algo dentro de mí se rebeló y me empujó hacia la ventanilla.

—¡Alejandra, por favor, déjame hablarte un momento! —mi mano tocaba en el vidrio.

Ante mi sorpresa, ella bajó el cristal y me dijo:

—Nos vemos en la tarde en el Bambi.

Arrancó y se alejó.

¿Qué era el Bambi? ¿A qué hora de la tarde estaría allí Alejandra?

Hablé con Roque. Afortunadamente, conocía la cafetería El Bambi y me dio todas las señas.

Llegué a las tres. ¿Qué hora sería para Alejandra «la tarde»? Las siete. Desde ese día supe que para Alejandra «la tarde» era a las siete.

No me tuve que presentar. Sabía mi nombre y todo de mí.

—Debes ponerte al corriente en tus materias, Pancho —fueron sus primeras palabras. Yo estaba sin habla; mis manos temblaban visiblemente.

—No te comportes así de nervioso, que me contagias —dijo después.

—Tengo miedo de perderte —fue todo lo que pude decir.

Nos quedamos callados durante un buen rato. Sólo mirándonos. Nuestras manos se enlazaron y ella rompió el silencio:

—No temas, no me voy a alejar de ti —su voz me acariciaba—... aunque debiera —dijo después.

«¿Aunque debiera?». No me quiso aclarar qué había querido decir. Más tarde lo supe. Estaba enferma, muy enferma.

Alejandra era una muchacha solitaria. No tenía a nadie. Sus padres habían muerto cuando era pequeña. Hija única, había quedado al cuidado de su abuela materna, una buena y hermosa mujer que se dedicó a ella en cuerpo y alma hasta que murió. Alejandra había heredado una magnífica casa, la cual, por las tardes, se convertía en escuela de regularización para estudiantes de primaria y secundaria. Llenaba su vida estudiando y trabajando.

Con frecuencia me decía que mi familia y yo le habíamos dado una nueva y poderosa razón a su existencia, y siempre que lo decía cierta angustia se asomaba en su mirada.

—Debe ser porque la vida fue cruel con ella al arrebatarle a sus seres queridos cuando más los necesitaba; ahora que nos tiene a nosotros, inconscientemente, siente temor de perdemos —me decía mi tío cuando le comentaba esta actitud de Alejandra que yo no comprendía.

Mi tía Chabela se convirtió en su amiga, su cómplice, su madre. Todos los fines de semana Alejandra y yo veníamos a San Miguel y ellas disfrutaban mucho el estar juntas. Mi tío decía que yo no había podido elegir mejor, que si a él le hubiera tocado el papel de ser el dictaminador mundial para elegir a la mujer superior, mi tía Chabela y Alejandra habrían empatado en el primer lugar. Que mi tío opinara esto era cosa seria. Yo me llenaba de gusto y hacía todo lo que estaba a mi alcance para tener contenta a Alejandra.

De repente, sin previo aviso, las cosas cambiaron. Alejandra se empezó a desmejorar rápidamente y no pudo ocultar más su enfermedad.

Hasta que no lo vive uno en carne propia no se da uno cuenta de lo terrible y maligno que es el cáncer.

Nuestras vidas se transformaron por completo. Mis tíos se trajeron a Alejandra a San Miguel para atenderla y luego nos mudamos junto con ella a su casa para estar cerca de las instituciones donde suministraban a Alejandra los bárbaros tratamientos que la dejaban aniquilada.

Vivimos momentos terribles que no puedo describir; sólo de recordar mi corazón se desgarró... seis meses después, Alejandra murió. La enterramos aquí, en San Miguel.

Yo no pude llorar, pero dejé de vivir. Iba a la universidad y hacía todo lo que tenía que hacer como un autómata. Nada me interesaba. Me pasaba el tiempo maldiciendo a la vida.

Mi mamá empezó a visitarme, tanto en la pensión de México como en San Miguel, con bastante regularidad: eso, que en otros tiempos me hubiera hecho tan feliz, en esos momentos no me importaba. La odiaba a ella, odiaba a mis tíos, odiaba al mundo.

Los fines de semana los pasaba casi enteros en el cementerio junto a la tumba de Alejandra. Mis tíos organizaban en la casa reuniones con mis primos y amigos para distraerme, y yo ni siquiera los tomaba en cuenta. Un sábado, llegué al cementerio y vi a mi tío Tacho sosteniendo una pala. Cuando me vio, comenzó a rascar la tierra. Yo me sorprendí; me dio la idea de un profanador de tumbas.

—¿Qué hace, tío? —le pregunté asustado.

Él no me respondió y siguió cavando.

—Tío —insistí—, ¿qué está haciendo?

—Su tumba, Panchito —contestó con naturalidad.

—¿Mi tumba? —me sorprendí—. No lo entiendo.

—Mire, Panchito —me dijo—, ahorita que yo termine de hacer este agujero, usted se mete en él y cierra bien los ojos para que yo le eche la tierra encima. Le voy a hacer un favor y también a todos nosotros.

—No lo comprendo —le dije.

—Le voy a explicar —enterró la pala y se recargó en ella—: Usted ha perdido las ganas de vivir, es decir, lo ha perdido todo, porque la vida es lo único que tenemos y que en verdad nos pertenece. Usted está presente sólo para sufrir y hacemos sufrir a los que lo queremos —me tomó de los

hombros—; mire, Panchito: el vivir realmente la vida, el tomar en serio la responsabilidad de vivir, nos exige mucho más que respirar y comer. Es nuestro deber superar los obstáculos y seguir adelante. Comprendo su pena, pero usted no está solo, nos tiene a nosotros que lo queremos tanto... me tiene a mí que lo quiero como a un hijo...

Me abrazó y lloramos. Por primera vez di rienda suelta a ese llanto que me oprimía el alma. Después de un rato, ya tranquilos, nos alejamos de allí. Me despedí de Alejandra pensando en no regresar. No tenía para qué; a ella me la llevaba, para siempre, en el corazón.

Mi vida

SIN Alejandra, mi vida se convirtió en un boceto de existencia. Era como si mi vista no captara los colores, como si mis oídos se cerraran a las palabras, como si mi vida no me perteneciera. Me sentía como un actor ambiental de una lenta película muda en blanco y negro que parecía no tener fin.

—Le compré unas cosas, Panchito. Están en su recámara —me avisó mi tío un sábado que llegué a la casa.

—Te preparé los raviolos que te encantan, mi amor —la voz de mi tía me alcanzó en la puerta que da a la huerta.

Con mi indiferencia a cuestas, llegué al tanque y me senté en el borde. Mi imagen se reflejó en el agua.

—¡Odioso! —me dije y volví a la casa.

La gran cantidad de paquetes que había en mi cuarto logró intrigarme. ¿Para qué era toda esa ropa acolchada, esa chamarra rompevientos, los zapatos de suela de goma y los patines con púas de acero, esa piqueta, ese gancho, tantas cuerdas y la mochila llena de alimentos enlatados, cantimploras, lentes oscuros, mapas, barómetro, brújula y bolsa para dormir?

Salí de mi recámara sintiendo una opresión en el pecho por cierta sospecha de que mi tío Tacho no estuviera en sus cabales. Lo vi sentado en la fuente, leyendo tranquilamente.

—¿Para qué son esas cosas, tío?

—Para usted —me respondió sin levantar la vista del periódico.

—Ya lo sé —mi voz sonaba impaciente—, pero ¿para qué las quiero yo?

—Para escalar —me dijo.

—¿Cómo dice? —mi extrañeza aumentaba.

—Mire, Pan chito —se puso de pie—, usted necesita, a como dé lugar, salir del abismo en el que ha caído. Sé que no va a ser nada fácil, que le llevará bastante tiempo ponerse en forma y aprender a escalar la empinada montaña de la tristeza, pero, por lo menos, ya tiene su equipo; todo está en que se decida y comience a practicar.

Volvió a sentarse, abrió el periódico y siguió leyendo. Pensativo, me senté junto a él. Sentí los rayos del sol calentándome y noté el aroma de las plantas. Fue un reencuentro con la vida.

—Lo voy a lograr —le dije.

Nos abrazamos y permanecemos así un largo rato. Después nos dirigimos al comedor en donde estaban servidos los exquisitos raviolos rellenos de espinacas que, ante la sonrisa alegre y esperanzada de mi tía Chabela, empecé a devorar.

Mi prima Caty

LLEGUÉ a la casa de huéspedes y la dueña me dijo que una muchacha me estaba esperando en la sala. Fui para allá. Era mi prima Caty.

Me dio gusto verla, aunque su visita me extrañó, ya que desde la comida en casa de Chucho y Mariana no la había vuelto a ver. Yo me había enojado bastante por su comportamiento y ya no la había buscado, ni ella a mí.

—¿Qué te trae por aquí? —le dije tratando de mostrar indiferencia.

Ella me miró y se soltó llorando.

—¿Qué te pasa? —le pregunté preocupado.

—¡No sé qué voy a hacer! —decía una y otra vez. Se veía desesperada.

—Cálmate, Caty —la abracé—. Cuéntame qué te pasó.

—Estoy embarazada —me dijo de sopetón.

La sorpresa me dejó sin habla. Ella quedó en silencio también. Sus manos temblaban.

Después de un largo momento, cuando ya me había repuesto un poco de la impresión, tomé sus manos y las acaricié; en verdad me sentía conmovido.

De repente empezó a hablar:

—Valente prometió casarse conmigo pero cuando supo lo que pasaba desapareció; se fue sin decir nada... ¡No sé que voy a hacer! ¿Te imaginas, Pancho? ¡Me engañó! ¡Todo fue mentira!...

Sus palabras salían como torbellino.

—Tranquilízate —la abracé. Ella se acurrucó junto a mí. Seguía siendo la niña indefensa y consentida.

—Mi papá me corrió —me dijo después de un rato.

—¿Y tu mamá? —le pregunté.

—Hizo todo lo que pudo pero no logró nada. Ya sabes cómo es mi papá. Lo sabía; sí. Rosita, la hija de Mariana y Chucho, ya había cumplido un año y él no la conocía.

—¿Ya hablaste con Chucho?

—No —me contestó apresurada—. No quiero que lo sepa. ¿Qué va a pensar de mí? —empezó a llorar de nuevo.

—Caty —le dije con seriedad—, es importante que tu hermano lo sepa. Él te quiere mucho.

—¿A pesar de lo mal que me he portado con ellos? ¿Después de lo grosera que he sido con Mariana?... Sólo he visto a la niña una vez desde que nació, ¿crees que puedan perdonarme?

—Tú eres su hermanita, Caty. Creo que vale la pena intentarlo —le dije.

Llegamos a San Miguel por la noche. Mis tíos estaban de visita en casa de Chucho y Mariana.

Todos se extrañaron al vernos.

—¿Pasa algo? —preguntó mi tío Tacho antes de saludarnos.

Lo tranquilizamos y tratamos de comportarnos como si nada. Caty fue muy amable con Mariana; todos la vieron con desconfianza. Luego pidió que la dejaran ver a la niña, que ya estaba durmiendo, y la extrañeza aumentó. Mariana la condujo a la recámara de su hija y, aprovechando su ausencia, mi tío empezó a interrogarme sobre nuestra repentina llegada y la inexplicable amabilidad de Caty. Mis respuestas no lo convencieron y se soltó a decir todo lo que pensaba:

—... y se me hace muy raro que así, nada más porque sí, a Caty se le haya antojado visitar a su hermano y a Marianita, con quienes ha sido tan grosera y tan cruel; y que ahora resulte que quiere ver a Rosita aunque sea dormida... no, Panchito, aquí hay gato encerrado... algo ha de querer esa muchacha...

Caty y Mariana ya estaban en el pasillo. Mi tía Chabela, que se había dado cuenta, le hizo una seña a mi tío para que se callara.

—Déjalo, tía —dijo Caty—, mi tío tiene toda la razón. Me he portado muy mal con ellos y ahora vengo a pedirles ¡que me perdonen!

Chucho se levantó a toda prisa y la abrazó. Mariana también. Luego los tres se reunieron con mis tíos y conmigo y Caty les contó todo. Mariana y Chucho le ofrecieron su casa. Mi tío Tacho parecía muy satisfecho.

—Qué gusto me da que esta egoísta muchacha reconozca sus errores —dijo mi tío al despedirse—. La felicito, Caty —la tomó de los hombros—; el que usted admita que ha sido mala... habla muy bien de usted. Sería imperdonable que negara que se ha comportado como un ser nocivo que ha abusado de la bondad de estos dos muchachos. De ahora en adelante cuente conmigo para lo que se le ofrezca. Claro, no sería así si usted hubiera persistido en su vileza, en su...

—¡Anastasio! —intervino mi tía Chabela—. ¡Discúlpate con la niña! ¡No le estés diciendo esas cosas tan horribles!

Mi tío pareció tomar conciencia de sus palabras.

—Es verdad, Caty, discúlpeme, creo que me excedí —la abrazó—. Su hijito tendrá en mí a un tío bisabuelo que lo querrá de verdad. Cuente conmigo, Caty. Siempre.

Malas noticias

NACIÓ el niño de Caty y todo marchaba bien hasta que un negro nubarrón vino a ensombrecer nuestras vidas.

—Necesito que venga de inmediato, Panchito —por el teléfono la voz de mi tío Tacho se notaba desesperada.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté asustado.

—Venga pronto; lo necesito —me dijo y colgó.

Salí para acá de inmediato. La preocupación me salía por los poros.

Llegué en la tarde. Mi tía Chabela no salió a recibirme y eso me extrañó.

—Pásele, Panchito —dijo mi tío mostrándose exageradamente nervioso.

—¿No está mi tía? —la busqué con la mirada.

—Precisamente de ella quiero hablarle —me dijo—; está muy grave —su voz se quebró.

Sentí una opresión en el pecho.

—¿Qué es lo que tiene? —le pregunté sin aliento.

—Leucemia —me respondió.

Yo me quedé sin habla. No sabía qué decir.

—¿Ya le hicieron todas las pruebas? —fue todo lo que se me ocurrió.

—¡Jamás he dado un diagnóstico sin estar completamente seguro! —gritó enojado—. Aunque ahora quisiera estar equivocado —agregó débilmente.

—Pero ¿desde cuándo está enferma? —le pregunté teniendo la seguridad de que una enfermedad así no se presenta de un día para otro sin

que nadie se diera cuenta.

—Hace meses se empezó a sentir mal. Los tratamientos no dieron buen resultado. No le habíamos querido decir nada para no preocuparlo...

—¡Algún remedio habrá! —grité fuera de mí—. ¡Usted puede pagar cualquier hospital por caro que sea!

—¿Habla usted de dinero? —me preguntó tristemente—. Lo que tiene Chabelita es mortal —su voz sonó ronca, como si le saliera del fondo de su cuerpo—. ¿La vida, con qué dinero se compra, Panchito? Usted sabe que he logrado reunir un buen capitalito y podría pagar lo que fuera por la salud de Chabelita; pero eso ya no puede ser —sus lágrimas salían sin control, la fatalidad ha tocado a nuestra puerta y ni un millón de cerrojos puede impedir su entrada.

Sacó un sobre y me lo dio.

—Aquí tiene las instrucciones para después de nuestra muerte —me dijo—; usted sabe que sin ella no resistiré mucho tiempo. Ábralo cuando nos hayamos ido los dos.

Tomé el sobre y lo guardé tristemente.

—Quiero verla —le dije.

—Que lo vea contento. Disimule —me pidió.

Entramos a la recámara. Parecía que todos los años del mundo habían caído sobre mi hermosa tía. Ella abrió los brazos y los dos corrimos a abrazarla.

—¡Cuídalo, hijito! —era todo lo que decía.

Vuelo envidiable

SIN mi tía Chabela, en la casa y en nuestras vidas, todo era desolación.

Junto con el ramito de rosas, que mi tío puso en sus manos antes de trasladarla a su última morada, se habían ido nuestra alegría y nuestras ganas de vivir.

Una tarde, mi tío y yo estábamos sentados en una banquita del corredor cuando algo nos llamó la atención: una figura verde y lustrosa se elevó con rapidez y se alejó a toda prisa hacia el cielo, hasta perderse de vista.

—Siempre creí que ese perico tenía las alas cortadas —me dijo pensativo—, y, ya lo ve, Panchito, hoy comprobamos que no es así. Toda su vida estuvo aquí por amor. Bien hubiera podido haberse ido.

—Sí, tío —respondí.

—¿Sabe? —continuó—, muchos de los que me conocen pensaban que yo tenía las alas cortadas, pero eso no es cierto. Mi hermosa Chabelita nunca me tuvo a la fuerza. Si viví pegado a ella y siempre le fui fiel, fue por amor. Ahora yo quisiera salir volando tras ella, igual que el tal Rorro —su voz se quebró—. Fíjese, Panchito, lo que es la vida; tan sin gracia que siempre me pareció ese perico, y resulta que ahora lo envidio...

Alpinistas

DURANTE las vacaciones, antes del último semestre de mi carrera, teniendo apenas mi tía dos meses de haber partido, la gente de San Miguel empezó a murmurar sobre la dudosa salud mental de mi tío Tacho y la mía.

—Tráigase su equipo para escalar —me dijo un día.

—¿Para qué lo quiere, tío? —le pregunté extrañado.

—Debemos practicar. Hemos de salir de nuestros respectivos abismos a como dé lugar.

Él lo usaba por las mañanas y yo por las tardes. Así, vestidos de alpinistas, durante nuestras largas caminatas por la calle, no había quien no nos mirara con extrañeza y hasta con un poco de compasión. Cuando mi tío se detenía a platicar con alguien conocido, atoraba el piolet en la tierra, en un árbol o en los barrotes de alguna ventana.

—Permítame que me enganche —les decía—; no vaya a ser que pierda la poquita altura que he ganado y me vaya otra vez hasta el fondo...

Nadie entendía el significado de sus palabras, sólo yo.

Extraña despedida

CUESTA trabajo creer que en tan poco tiempo la vida de uno pueda cambiar tanto...

Aprobé el examen profesional por unanimidad. Para evitar nerviosismos extras, le había pedido a mi tío que no asistiera al examen; acordamos que nos veríamos por la tarde en San Miguel para festejar. Antes de salir del salón donde había sido el examen una de las secretarias de la universidad me dio un sobre que un mensajero había dejado para mí. Todo imaginé menos que fuera una carta de mi tío. Salí al patio, abrí el sobre y saqué la carta:

Querido hijo: Cuando esté usted leyendo esta, yo ya me habré retirado. Mi quehacer por estos lugares terminó. Usted acaba de dar el paso definitivo para iniciar una brillante carrera profesional y yo doy por concluido mi compromiso con la vida. Chabelita y yo acordamos esperar hasta este día, pero ni uno más. Me voy con ella, Panchito, ahí está mi sitio. El equipo de alpinismo se lo dejo casi completo, sólo me llevo la brújula para no perder el rumbo donde habitan los ángeles, no vaya a ser que me desoriente y me vaya para el lado contrario. No olvide leer las instrucciones para después de nuestra muerte.

Sentí una punzada en el corazón. ¿Por qué mi tío hablaba así? Llegué a la pensión a recoger mi dinero, y ahí, en el cajón de mi buró, estaba también el sobre que mi tío me había dado. Lo tomé y lo guardé. Al salir, la dueña de la casa me dijo que mi primo Chucho me había estado hablando por teléfono. Un negro presentimiento nubló mi mente.

Llegué aquí, a la casa. Estaba llena de gente. Chucho corrió a recibirme. —¿Qué pasó? —le pregunté, temiendo oír la respuesta.

—Murió mi tío —me dijo.

Entre sollozos nos abrazamos. Se nos unieron Caty y Mariana.

—¿Qué le pasó? —les pregunté confundido.

—El doctor García dijo que fue su corazón —respondió Caty.

—¿Desde cuándo empezó a sentirse mal? —quise saber.

—Todo fue muy repentino —me dijo Chucho—; ayer fue a mi casa y se encontraba bien. Pasó mucho tiempo con los niños y antes de irse se puso a darnos consejos a Mariana, a Caty y a mí. Luego, le dio un sobre a Caty advirtiéndole que lo abriera hasta hoy —Caty asentía con la cabeza—, y resulta que en ese sobre están las escrituras de un terreno en Celaya y un papel notarial donde dice que la nueva dueña es Caty.

Fui a la recámara de mi tío. Mucha gente estaba alrededor de la cama, donde mi tío yacía tranquilamente, como si durmiera.

Me incliné para besar sus manos. Una de ellas apretaba fuertemente la brújula que se mojó con mi llanto.

Fui hacia el doctor García y, a manera de reclamo, le pedí que me explicara cómo había sido posible que el corazón de mi tío hubiera fallado así, tan de repente, sin haber mostrado antes ninguna señal de enfermedad, que mi tío siempre había sido muy sano y que se me hacía muy raro todo esto.

—A veces, cuando se ha querido tanto en la vida y el ser amado se va, el corazón se ve atacado por una terrible enfermedad, para la que no hay cura, que se llama pena. Eso fue lo que le pasó a tu tío, Panchito. Él quería irse con Chabelita y te aseguro que en estos momentos no hay hombre más feliz que él.

—Tiene razón, doctor —le respondí pensativo.

—Dejó esto para ti —me dijo, y me entregó un sobre.

Lo abrí. Contenía un recado con los anillos de bodas de mis tíos, prendidos con unos seguritos de metal:

Hijo: Como le había prometido, aquí están nuestros anillos. No tire los seguritos hasta haber comprobado que mis ojos estén perfectamente cerrados; de no ser así, utilícelos para este efecto.

Reí a pesar de las circunstancias. Guardé los anillos con mucho cariño, y también los seguritos. En ese momento recordé el sobre de las «instrucciones». Lo saqué de la bolsa de mi camisa, lo abrí y leí la última voluntad de dos que se amaron en verdad:

Nosotros, Anastasio López Negrete e Isabel Aguilera de López, deseamos que a nuestra muerte se nos entierre juntos, es decir, en la misma caja (féretro, ataúd, cajón, o como quieran llamarle) y nos acomoden frente a frente, mucho muy cerca uno del otro.

Estaban ahí sus firmas que yo conocía tanto. Eran las mismas que aparecen en mis boletas de calificaciones, en mis permisos, en mis constancias médicas y en todos mis documentos.

La última voluntad

DESPUÉS de la triste e interminable noche del velorio, trasladamos a mi tío al cementerio. Para que la última voluntad de ambos fuera cumplida, el féretro donde descansaba mi tía Chabela se encontraba ya fuera de la fosa. Un enigmático rayo de sol, en una mañana tan fría y nublada, lo hacía brillar extrañamente. Cuando lo abrieron, el ambiente se inundó con un aroma de rosas. La confusión se hizo presente y se acrecentó sin medida cuando vimos que las rosas que mi tío había colocado en las manos de mi hermosa tía habían conservado la frescura.

—Tenía la idea de que las rosas eran naturales... —murmuraban.

Desde luego eran naturales. Lino y yo habíamos acompañado a mi tío a comprarlas. Automáticamente, los dos nos volteamos a ver.

—Y mira la cara de Chabelita... —continuaban los murmullos.

Yo también me sorprendí al notar que la corrosiva muerte no había logrado dañarla.

Dos robustos muchachos de la funeraria dijeron que para que mis tíos quedaran frente a frente había que ladear el cuerpo de ella. El más joven sugirió sólo voltear la cabeza que seguramente ya se hallaba desprendida del resto del cuerpo. Yo no estuve de acuerdo y me dispuse a realizar el movimiento.

Lo que sentí al tomarla en mis brazos me hizo estremecer: estaba blanda y cálida, como si durmiera. Su cuerpo se hallaba intacto y el aroma que despedía era el de aquel dulce perfume que en vida la caracterizó. Un raro sentimiento me envolvió: una especie de ternura mezclada con rebeldía y

coraje. Mi cuerpo se estremeció y comencé a llorar sin control. Mis primos se acercaron y de todos recibí abrazos consoladores. Miré a mi tío, muy serio en su ataúd, recordé a mi papá y a Alejandra en idéntica postura y un grito desconsolado salió de mi garganta:

—¿Por qué?! ¿Por qué todos los que amo me abandonan?

Mi mamá soltó la mano de su esposo y se acercó con los brazos extendidos, pero al llegar ante mí los bajó, sin atreverse a abrazarme.

—Panchito —me dijo—... comprendo tu dolor ahora que se han ido... pero si de algo te sirve, hijo, aquí estoy...

Sus labios temblaban y lloraba con tristeza. La abracé y ella llenó de besos mi cara. La miré y, una vez más, la perfección de sus facciones me sorprendió.

—¿Qué hermosa eres, mamita! —le dije.

Permanecimos mirándonos, aislados de los demás, hasta que el dueño de la funeraria me preguntó en voz baja:

—¿Proseguimos?

Asentí.

Los dos fornidos muchachos de la funeraria levantaron a mi tío como si no pesara nada y, en rápido movimiento, lo acomodaron junto a mi tía, frente a frente. La seriedad abandonó la cara de mi tío Tacho y una sonrisa, casi imperceptible, apareció en sus labios. Nadie más pareció notarlo. Solamente las miradas de Lino y la mía se volvieron a cruzar.

Cuando me acerqué a despedirme de mis tíos, algo brillante, en el fondo de la caja, me llamó la atención. Era la brújula. Mi tío la había soltado.

—¿Hallaste el rumbo! —grité.

Todos se sorprendieron. Chucho se acercó y me tomó del brazo.

—Tranquilízate, Pancho, necesitas descansar —me dijo.

Yo, asentí en silencio y me guardé celosamente la brújula. Hoy más que nunca iba a necesitar el equipo completo.



CLAUDIA CELIS (Tepexpan, Estado de México, 6 de abril de 1951), es una escritora mexicana de literatura infantil y juvenil. Es profesora de educación preescolar y ha dedicado la mayor parte de su vida a la docencia. También es colaboradora tanto en periódicos como en revistas culturales de circulación nacional.

Cursó la diplomatura de Creación Literaria en la Escuela para Escritores de la Sogem.

Celis ha publicado con gran éxito tanto en su país de origen como en España, de la mano de editoriales como SM, siendo *Donde habitan los ángeles* (1997) su obra más conocida.

También ha publicado, entre otros: *Sueños de una niña enamorada* (mención honorífica en el Premio FILIJ, 1994) y *Atados a una estrella* (2002).